
-2-
EL NUEVO PODER
VAN. S. SMITH
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

VAN S. SMITH

EL NUEVO PODER



EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Dep. legal V. 1.904.-1961.
PRINTED IN SPAIN
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA
Núm. de Rgtro. 3.515 - 1961.



CAPÍTULO I

A seis mil metros de altura sobre la base, Guy Richey dejó atrás los altos cúmulos anunciadores de buen tiempo e irrumpió con su reactor en un cielo azul diáfano. Era domingo, Guy había subido hasta allí sólo para probar su aparato, y puesto que la nueva bomba de aceite parecía funcionar con normalidad, se dispuso a dar la vuelta y regresar a la base Larson de las Fuerzas Aéreas junto al lago Moisés, Washington.

Pisando el pedal de la derecha y empujando la palanca hacia aquel lado, Guy describió una vuelta rápida sintiendo el brutal impacto de la fuerza gravitatoria que le aplastaba contra el asiento.

Fue entonces cuando repentinamente se vio volando detrás a la zaga de aquel extraño aparato.

Las dos máquinas volaban a la misma velocidad, y puesto que Guy estaba con su reactor detrás y un poco baja respecto al aparato que le precedía, pudo verlo a su sabor al menos por espacio de un minuto.

La primera impresión de Guy fue de sobresalto.

Durante los últimos meses, el misterio de los llamados «platillos volantes» había vuelto al primer plano de la actualidad con el testimonio de

numerosos pilotos que en todo el mundo daban fe de haber visto estos extraños aparatos volando a alturas que nunca bajaban de los seis u ocho mil metros.

Años atrás, especialmente entre 1950 y 1954, el enigma de los «platillos volantes» había apasionado al mundo entero, dando lugar a acaloradas controversias entre la Prensa sensacionalista que atribuía estos aparatos a un origen extraterrestre, y los científicos que negaban siquiera que estos artefactos hubiesen existido jamás.

Falta de una base sólida, sin pruebas documentales que afirmaran la existencia de los «platillos volantes», la leyenda cayó en el tópico y fue olvidada finalmente.

Pero ahora, de nuevo, volvía a hablarse de los platillos volantes, de su probable procedencia extraterrestre y su supuesta intervención en la gran tragedia que estremecía al mundo.

En efecto, desde que los «platillos volantes» reaparecieron, algunos hechos inexplicables se producían sobre la atemorizada faz de la Tierra.

Misteriosas bacterias, sembradas al parecer desde el aire, destruían las cosechas de los Estados Unidos y provocaban mortales epidemias entre el ganado. Los científicos habían conseguido aislar aquellas bacterias, pero todavía no se había descubierto un medio eficaz para combatirlas.

En los primeros momentos, al descubrirse con horror los primeros efectos de aquel misterioso ataque bacteriológico, la guerra «caliente» había estado a punto de producirse entre los Estados Unidos y sus enemigos orientales. Y nadie habría podido impedir que rusos y americanos se aniquilasen mutuamente, a no darse la circunstancia de que los países del bloque oriental estaban asimismo siendo atacados por aquellas misteriosas nubes de bacterias que bajaban de las nubes.

En todo el planeta, a excepción de África, donde ocurrían cosas igualmente extrañas y alarmantes, las cosechas sobre las que se fundamentaba la alimentación del género humano, se echaban a perder. Y mientras microscópicos hongos de extraordinaria virulencia destruían los sembrados de cereales, las legumbres y las hortalizas, la peste atacaba al ganado diezmando con igual rigor las grandes manadas de reses del oeste americano, que las granjas avícolas de Francia y los rebaños de ovejas de los pastores nómadas de la gran meseta del Asia Central.

El mundo vivía bajo la psicosis de una maldición bíblica semejante a la que Moisés predijo a los egipcios. Mucha gente creía que los habitantes de Marte desencadenaban un ataque bacteriológico preliminar para despoblar el mundo o debilitarlo a tal extremo que no encontraran resistencia a la hora de la invasión.

Guy Richey, que si bien no tenía preparación científica, estaba por otro lado desprovisto de las atávicas supersticiones de los hombres de su raza,

sólo vio en el fantástico aparato una máquina real jamás examinada por los hombres, a la cual debía derribar cumplimentando la orden que de unos meses atrás había dado el Mando Aéreo a los pilotos y tripulaciones de los aviones de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos.

En la brevedad de un solo minuto, Guy Richey examinó el aparato y se dispuso a atacar.

El «platillo volante» marchaba delante de Guy a trescientas millas por hora, la cual venía a ser una velocidad muy modesta para una máquina cuyo origen se atribuía a los habitantes de un planeta cuya civilización debía andar muchos siglos adelantada a la terrestre.

He aquí algo sumamente curioso. Todos los aviadores que en las diversas partes del mundo aseguraban haber visto estos misteriosos aparatos, coincidían en un detalle muy pintoresco; los «platillos volantes», que según se decía eran capaces de volar a alturas jamás alcanzadas por los aviones de reacción, iban propulsados por hélice.

Guy vio ahora que esto era verdad. Por encima y delante de él, dos hélices dibujaban al girar dos círculos brillantes en la parte posterior del misterioso «platillo volante». Éste era de forma lenticular, con los bordes de ataque muy delgados. En su parte central, por arriba, una cabina esférica acristalada parecía destinada al piloto. Por la parte inferior, Guy vio una serie de ranuras como de dos pulgadas de anchura, dispuestas en un círculo de aproximadamente el tamaño de una rueda de carro grande.

Por detrás, el «platillo» se achataba. Aquí había sendas protuberancias aerodinámicas, alargadas y cada una suficiente para albergar un potente motor. Y en el eje de estos motores estaban las hélices, una a cada lado girando en sentido opuesto.

En este momento el tripulante de la extraña máquina pareció advertir la presencia del caza reactor a su zaga.

Tal como Guy había oído decir que hacían los «platillos volantes», la máquina dio un prodigioso salto hacia arriba y empezó a subir al mismo tiempo que giraba sobre sí misma situándose en dirección contraria al rumbo que llevaba el reactor.

En un abrir y cerrar de ojos, el «platillo volante» pasó por encima de Guy Richey y se alejó sin dejar de subir vertiginosamente.

Guy lanzó una ronca exclamación de sorpresa y de rabia. Había oído hablar de la extraordinaria capacidad de maniobra de aquellas máquinas, pero realmente nunca creyó demasiado en ello.

Oprimiendo a fondo el pedal de la derecha, Guy empujó la palanca y abrió a tope la llave del gas.

Al completar su rápida vuelta Guy alcanzó a ver al «platillo volante» a quinientos metros por encima de él subiendo verticalmente.

-¿De modo que quieres escaparte? -exclamó Guy en voz alta.

Guy había oído hablar de la forma ágil y astuta que los «platillos volantes» habían escapado del ataque de los cazas a chorro. Si podía, Guy no regresaría a tierra sin haber abatido el fantástico artefacto. No permitiría que sus compañeros se rieran de él, como había visto una vez reírse al grupo de Herbert Kenney el día que regresó de un vuelo asegurando haber estado a punto de derribar uno de aquellos condenados aparatos.

Con el motor rugiendo a toda potencia, el «Sabre» levantó la proa y se lanzó cielo arriba en persecución del disco plateado.

En realidad, el reactor subía más aprisa que el «platillo volante» pero la facilidad de maniobra era muy superior en el segundo.

En efecto, teniendo al «platillo volante» ante las miras de sus cañones a trescientos metros de distancia, Guy Richey apretó el botón disparador lanzando una ráfaga de un segundo.

El condenado «platillo» esquivó la descarga desplazándose ágilmente a la derecha y empezando a describir una curva que le apartó del campo visual de Guy. Éste estaba todavía mirando a derecha e izquierda en busca del diabólico aparato, cuando de pronto vio un haz de rastreadora pasando junto a su camino por el lado derecho.

El «platillo volante» había conseguido ponerse a espaldas de Guy.

Lanzando una maldición, Guy empujó la palanca hacia adelante y picó hacia abajo dibujando medio tirabuzón. Entonces vio el «platillo volante» como a unos mil metros de distancia de nuevo elevándose verticalmente en dirección al Sol.

Sin cejar en su empeño de dar caza al misterioso artefacto, Guy Richey levantó la proa de su caza y se lanzó de nuevo en persecución del disco plateado.

Un vistazo al altímetro le dijo que había sobrepasado los nueve mil metros de altura. Pronto el «platillo volante» estaría fuera de su alcance en el ambiente enrarecido de la estratosfera, donde el reactor empezaría a perder potencia debido a la falta de oxígeno.

Hasta entonces, uno de los misterios que más había intrigado al Mando Aéreo, era la asombrosa capacidad de los «platillos volantes» para llegar con su motor de hélice a alturas que eran prohibitivas incluso para los más potentes aviones de chorro. Sólo cabía una explicación, y era ésta: que los motores de hélice de los «platillos volantes» funcionasen no por combustible ordinario como los aviones a chorro, sino con motores atómicos que serían capaces de seguir funcionando allí donde aun existiendo aire, se pararía un motor de gasolina por falta de oxígeno.

Esta vez, Guy Richey no esperó a acercarse demasiado al disco volador. Mientras ascendían sobre la columna de aire caliente de su propio reactor, Guy movió hábilmente la palanca hasta centrar al enemigo en el retículo de sus ametralladoras. Apretó el botón y disparó una ráfaga de tres segundos.

La ráfaga debió alcanzar al «platillo volante» en su parte plana inferior. Inmediatamente el artefacto dio muestras de haber sido tocado. Se deslizó a un lado y empezó a planear de costado, todavía con las hélices girando.

-¡Lo alcancé! -exclamó Guy para sí lleno de júbilo.

El caza, perdiendo velocidad, estaba llegando a la velocidad crítica en que, incapaz de seguir subiendo verticalmente, empezaría a caer a tierra haciendo muy difícil que su piloto volviera a dominarlo.

Guy tiró suavemente de la palanca hacia sí, empujó el pedal de la izquierda y picó hacia tierra sintiendo cómo el aparato volvía a ganar velocidad.

Allá delante iba el «platillo» decantado en dirección a tierra adquiriendo por momentos mayor velocidad.

Guy llamó a la base, dejándose escuchar por primera vez desde que abandonara la pista de despegue de la base Larson.

-¡Atención Mota Gris! ¡Atención Mota Gris! Cóndor Cuatro llamando a Mota Gris. ¿Me escuchan?

-Hable, Richey -repuso en los audífonos de Guy la voz del operador de la base-. Le escuchamos. Cambio.

-¡He derribado un «platillo volante»!

-¿Cómo dice?

-Está cayendo hacia tierra cada vez más aprisa. Le sigo en dirección al Este a quinientas millas por hora. No veo salir humo de él, pero estoy seguro de que le alcancé y va sin control.

-No se separe de él, Richey. Trataremos de localizarles con el radar -La voz del operador agregó roncamente-: ¡Un platillo volante... caramba!

Cayendo vertiginosamente hacia tierra, el «platillo volante» se zambulló en el blanco techo de nubes algodonosas sobre la base con Guy Richey detrás. Guy perdió de vista el artefacto mientras cruzaba como una saeta el banco de nubes. Al salir de éstas, mil quinientos metros más abajo, la azul extensión del lago Moisés apareció debajo de él. El «platillo volante» pasó sobre el lago, se adentró en una región montuosa poblada de bosque y se hundió en el abismo describiendo un gran arco para estrellarse contra el suelo.

Diez segundos después, Guy Richey pasaba con su reactor sobre el lugar donde la máquina se había estrellado en la ladera de una montaña. Vio el rastro que el aparato había dejado abatiendo árboles a su paso, una nube de polvo que el viento empezaba a dispersar y retorcidos restos de metal brillando entre la espesura del bosque.

Guy se elevó para orientarse. No lejos de allí, en la cima de una montaña, divisó la casilla de un puesto de vigilancia de los guardabosques encaramada sobre alta torreta pintada de rojo. Estableció nuevo contacto con la base y estuvo dando vueltas hasta que localizó el puesto forestal

sobre el mapa que había extendido sobre sus rodillas.

Entonces enderezó el rumbo y anunció su regreso a la base.

CAPÍTULO II

El coronel Lupton escuchaba lleno de incredulidad el informe que le facilitaba Guy Richey, todavía en traje de vuelo, cuando sonó el teléfono que estaba sobre su mesa.

El capitán Granby descolgó el aparato y aplicó el auricular a su oído.

-Llaman desde el puesto forestal diciendo que vieron estrellarse un avión contra la falda del monte -dijo Granby.

-Déme el aparato -gruñó el coronel lanzando una mirada desconfiada sobre Guy.

Lupton escuchó atentamente.

-¿Hay carretera para llegar hasta allí? -preguntó después. Escuchó de nuevo moviendo la cabeza y concluyó diciendo-: Está bien, ahora mismo vamos hacia ahí.

Colgó el teléfono y quedó mirando a Guy.

-Vamos a ir al lugar donde cayó ese «platillo volante» -recalcó la última palabra-. Tal vez quiera venir con la expedición para salir más pronto de dudas acerca de lo que en realidad derribó.

-Yo sé bien lo que vi -repuso Guy secamente-. Pero les acompañaré con mucho gusto.

Sin tiempo apenas para quitarse su traje de vuelo, Guy Richey se encontraba diez minutos más tarde esperando ante su alojamiento cuando vio llegar una caravana integrada por un camión lleno de soldados, una ambulancia y tres autos, al frente de los cuales venía el coronel Lupton.

El auto del coronel se detuvo y el propio Lupton sacó la cabeza por la ventanilla diciendo:

-Suba en el coche de atrás, teniente.

En el auto del coronel sólo viajaban el propio Lupton y el capitán Granby. Naturalmente que habría habido sitio de sobra para Richey, si el coronel se hubiese dignado admitir a un negro en su coche.

Guy era alto, más bien delgado, con caderas estrechas y anchos y fuertes hombros. Tenía 28 años, la nariz aguileña, la piel blanca, los labios delgados, los ojos castaños y la frente ancha e inteligente. Sin embargo, y pese a no parecerlo, era un negro según la fórmula discriminatoria de los norteamericanos, los cuales clasificaban en la raza negra a aquellos por cuyas venas corría solamente una décima parte de sangre de color.

Pensando con amargura en las ordenanzas militares que proscribían toda discriminación racial en el seno de las Fuerzas Armadas Norteamericanas, Guy se acomodó en un «jeep» descubierto de los que seguían al coche del coronel.

La caravana abandonó la base.

Una hora más tarde la caravana alcanzaba el pie de las montañas y por

una carretera tortuosa se adentraba en el macizo montañoso. Un «Land Rover» pintado de rojo del servicio forestal de extinción de incendios les esperaba junto a una bifurcación del camino.

El auto de los forestales se puso al frente de la caravana, la cual tomó por un camino estrecho y polvoriento que sólo se utilizaba para sacar la madera cortada del bosque. Naturalmente, los que marchaban detrás se tragaron todo el polvo del coche del coronel que iba delante.

Después de recorrer otros veinte kilómetros de tortuosa carretera la caravana se detuvo. Un guarda forestal saltó del coche que iba en cabeza y señaló con el brazo.

-El avión cayó allá arriba. Tenemos que seguir a pie.

Los soldados saltaron del camión. De otro de los coches saltó a tierra el capitán Norwood del Cuerpo de Ingenieros Aeronáuticos, al que acompañaba un par de mecánicos calificados.

A través del bosque, ahora sin camino ni sendero, los expedicionarios subieron en fila india hasta que tropezaron con las primeras piezas de metal retorcido.

El capitán Norwood se acercó con un contador «Geiger».

-No hay rastro de radioactividad. Podemos seguir -anunció.

Poco después la expedición se detenía ante la máquina derribada por el teniente Richey.

La vista desde luego no había engañado a Guy Richey. La misma extraordinaria máquina que vio en vuelo yacía ahora hecha pedazos entre los árboles, medio sepultada bajo el ramaje. No se había incendiado, y aunque había saltado la mayor parte de su fuselaje metálico, todavía podía apreciarse su forma general, con los dos motores a popa y las hélices rotas y retorcidas.

-¡Luego era un «platillo volante»! -exclamó el capitán Granby lleno de admiración. Y dejó escapar un silbido.

La máquina era en el suelo más grande que lo que a Richey le pareció en vuelo. Vendría a medir unos cuatro metros de anchura por cinco metros en su parte más larga. No era completamente redonda, sino de forma más bien ovalada con un lado plano en la parte de atrás donde estaban los motores.

Los ojos del capitán Norwood brillaron de excitación mientras examinaba la máquina lleno de interés profesional.

-Vean de rescatar los restos del piloto antes de todo -dijo el coronel Lupton.

Los soldados se encaramaron sobre los restos de la máquina y apartando las ramas que casi la sepultaban se acercaron a la cabina del centro del aparato.

-¿Hay alguien dentro? -preguntó el coronel.

-Sí -contestaron los soldados.

-¿Quién es?

-Parece un hombre.

El grupo esperó lleno de impaciencia mientras los soldados se metían en la carlinga y sacaban el cuerpo ensangrentado de un hombre. Éste vestía un equipo de vuelo semejante al de los pilotos norteamericanos, más un casco hermético de acero con frente de cristal y tubos de oxígeno, algo parecido al traje de vuelo que utilizaron los primeros cosmonautas rusos y americanos.

El cadáver del tripulante, prácticamente hecho pedazos, fue depositado sobre una camilla. Le quitaron el casco. Era un hombre. Un negro. La decepción se pintó en el rostro de los hombres que rodeaban el cadáver. Era la primera vez que se capturaba un platillo volante y, quién más, quién menos, todos esperaban ver entre los restos de la extraña máquina un ser completamente distinto; tal vez un pulpo, por lo menos un enano u otra forma extraña de seres vivientes.

-Bueno, al menos por ahora no parece que haya nada de otro mundo en este platillo volante -observó el capitán Norwood señalando ciertas partes del equipo del piloto-. Parte de este material es de procedencia americana. Todavía pueden verse palabras escritas en inglés.

-Esto es lo que yo me pregunto -dijo el coronel-. ¿Por qué este piloto ha de ser precisamente un negro?

-¿Por qué no un negro? -contestó Norwood.

Lupton guardó silencio. Luego, con voz impaciente, ordenó a Norwood:

-Eche un vistazo a esa máquina y veamos si podemos sacar algo en limpio de su examen. ¿No es extraño que en la era del avión a chorro veamos un «platillo volante» propulsado por motor de hélice?

-Sí. Verdaderamente es algo inesperado y hasta diríamos grotesco. Sin embargo no debería extrañarnos. Sabemos que el día que construyamos nuestro primer avión atómico, éste irá propulsado por una turbina que moverá directamente las hélices.

-Entonces, ¿cree que este extraño platillo volante está propulsado por un motor atómico?

-Espere que lo examine y podré darle quizás una respuesta.

Norwood se encaramó sobre la máquina, seguido de los mecánicos y algunos soldados que fueron llamados para que ayudaran. Mientras, por orden del coronel, el capitán Granby registraba los bolsillos del muerto en busca de algún documento que sirviera para su identificación.

Pero el cadáver no llevaba en sus ropas papel alguno capaz de identificarle.

Guy, mientras tanto, se mantenía apartado junto al guarda forestal,

adoptando como éste el papel de mero espectador.

Al cabo de una hora, después de haber arrancado planchas metálicas y hurgar en las entrañas de la máquina, el capitán Norwood reapareció con las ropas y las manos manchadas de grasa. El ingeniero fue al encuentro de Lupton, anunciando:

-Sin que esto sirva como informe definitivo, creo haber visto lo bastante para afirmar una cosa. Los motores de este aparato no funcionan por energía atómica.

-¿Quiere decir que son accionados por una turbina de gas?

-No. Se trata de simples motores eléctricos.

-¡Motores eléctricos! -exclamó Lupton boquiabierto-. Pero bueno, habrá a bordo algún motor de gasolina para producir esa electricidad necesaria para mover los motores.

-No, y en eso reside precisamente el secreto de esta máquina. No hay a bordo pila atómica, ni generador de electricidad, ni siquiera acumuladores.

-¡Por Dios, Norwood! No querrá usted que esos motores tomen la corriente del aire.

-¿Del aire? -El capitán quedó mirando fijamente a Lupton con las cejas arqueadas-. Espere, me acaba de dar usted la solución. ¡Sí, eso es precisamente!

-¿Qué está pensando, Norwood?

El ingeniero guardó un minuto de silencio mientras reflexionaba. Luego habló y dijo:

-Bueno, esto es lo que yo pienso. Hay una posibilidad de que este aparato reciba la corriente eléctrica desde tierra por medio de un receptor. Se han hecho algunos experimentos en este sentido, aunque sin éxito hasta ahora. Se trata ni más ni menos de enviar ondas de energía eléctrica a través del aire desde una estación emisora a un aparato receptor que puede encontrarse a muchos kilómetros de distancia en tierra, en el aire o en el mar.

-Nunca oí hablar de ese invento -dijo Lupton sorprendido.

-En realidad se trata solamente de una fantasía de la que se han hecho algunos toscos bocetos en un intento infructuoso para llevarla a la realidad. De todos modos, no me negará que si alguien hubiese sido capaz de realizar esa fantasía, la nación que poseyese tal invento se encontraría en condiciones de conseguir una aplastante superioridad técnica y económica sobre el resto del mundo. La energía eléctrica es barata, y los motores eléctricos son fáciles de construir, de una duración extraordinaria y un gasto de mantenimiento irrisorio. Supongamos solamente que los Estados Unidos tuviéramos un adelanto semejante. De un solo golpe eliminaríamos la costosa conducción eléctrica por cables. Nuestros automóviles, sustituyendo sus motores de gasolina por potentes motores eléctricos,

funcionarían con un gasto mínimo, silenciosamente y sin necesidad de repostarse de combustible jamás, ya que la energía eléctrica estaría constantemente en el aire como las ondas hertzianas de nuestras emisoras de radio, y sólo sería necesario un aparato receptor a bordo del vehículo para captar esas ondas y convertirlas en energía que alimentaría al motor. Nuestros barcos, recibiendo por radio la energía en alta mar, navegarían con economía, limpieza y mayor seguridad, igualmente sin necesidad de detenerse a repostar petróleo ni carbón. Y también nuestros aviones volarían por tiempo ilimitado con un índice de seguridad mil veces mayor, aunque sacrificando la velocidad que hemos conseguido con los motores de chorro para volver a la propulsión por hélice. La energía eléctrica estaría presente en todo lugar, y en todo momento se beneficiarían de ella nuestros trenes, nuestros autos, nuestros barcos y nuestros aeroplanos. Llegaría a las plantas industriales sin necesidad de tender costosas líneas y no habría pequeña granja por muy aislada que estuviera que no pudiese ser completamente electrificada. En fin, creo que las ventajas que se adivinan de un invento semejante son demasiado evidentes para insistir en enumerarlas todas.

-¡Caramba, ya lo creo! -murmuró el coronel Lupton admirado. Permaneció un instante pensativo-. ¿Y cree usted que ese platillo volante pueda ir propulsado por ese sistema?

-Tal vez. Hay a bordo de esa máquina un complejo dispositivo electrónico cuyos fines y funcionamiento no acabo de comprender... a menos que se trate de un aparato receptor del tipo expuesto. Naturalmente, el equipo electrónico de ese artefacto ha quedado completamente destrozado, aunque tal vez con paciencia e intuición pueda ser reconstruido.

-Si sus suposiciones resultaran fundadas, la captura de este platillo volante representaría un acontecimiento tan importante como el descubrimiento de la energía atómica. ¿No es así?

-Posiblemente sí.

-Está bien; voy a volver a la base para informar a Washington.

Lupton se volvió a Richey haciéndole seña para que se acercara.

-¿Ha oído usted lo que hemos hablado aquí, teniente Richey?

-Sí.

-Es muy posible que el Alto Mando quiera guardar la captura de este artefacto bajo el más absoluto secreto. Mientras no sepamos a qué atenernos, usted callará lo que sabe. Diremos que lo que usted derribó era en realidad un avión norteamericano de nuevo modelo en pruebas. Pero incluso si no insistimos demasiado en ello será mejor.

-Comprendido -afirmó Guy con la cabeza.

-Usted volverá conmigo a la base. Usted. Norwood, quedará aquí

custodiando el aparato. No permita que nadie se acerque ni que los soldados hablen con nadie.

-Sí, señor.

Lupton se acercó después al guarda forestal. Habló en voz baja con él unos minutos. Repetidamente el forestal asintió con profundos movimientos de cabeza. Luego, Lupton le estrechó la mano y volvió a reunirse con Granby y Richey.

-Vamos ya.

Detrás de Lupton, los dos oficiales bajaron por la ladera hasta la carretera donde habían quedado los automóviles con los conductores de los mismos.

-Suba aquí mismo, teniente -indicó Lupton a Guy señalándole el asiento contiguo al conductor.

Guy quedó dudando unos instantes entre subir al coche del coronel o decirle que iba a ir mejor en el «jeep» que estaba detrás. Finalmente, como tantas veces había tenido que hacer, se resignó con esta degradación y subió al coche junto al conductor.

El auto emprendió inmediato regreso a la base aérea.

CAPÍTULO III

El coronel Lupton llamó a Guy Richey a su despacho.

-Supongo que no habrá hecho comentarios con sus compañeros acerca del aparato que derribó esta mañana -dijo el coronel.

-No, señor.

-De todas formas no podremos evitar que se despierte la curiosidad del personal de la base. Richey, vaya a hacer su equipaje ahora mismo y esté preparado para marchar en el transporte que aterrizará aquí dentro de una hora. Se presentará usted en Washington al coronel Edmeston, del Servicio de Información de las Fuerzas Aéreas.

-Bien, señor.

Guy abandonó el despacho para dirigirse a su dormitorio.

El teniente Edgar Flayer entró en la habitación de Guy cuando éste hacía su maleta. Flayer era también negro, pero a diferencia de Guy, que tenía la piel blanca, la suya era de auténtico ébano.

Puesto que Richey y Flayer eran los únicos pilotos negros de la base, existía cierta amistad entre ellos, más bien obligada por las circunstancias que por verdadera corriente mutua de simpatía, al menos en lo que a Guy respectaba.

-¿Cómo, Guy? ¿Es que te vas? -preguntó Flayer.

-Sí, Ed. Me envían a Washington.

-¡A Washington! ¿Por qué?

-No lo sé. Todo lo que me han dicho es que debo presentarme allá.

Flayer se dejó caer en el borde del camastro y desde allí quedó mirando pensativamente las idas y venidas de su compañero.

-Guy -dijo Flayer al cabo de un rato-. Ese aparato que derribaste esta mañana... ¿Era de veras un «platillo volante»?

-Ed, ¿quién cree en los «platillos volantes»? -gruñó Richey.

-Tú asegurabas que lo era esta mañana.

-Eso fue lo malo, Ed. Tomé por uno de esos dichosos «platillos volantes» lo que al parecer era un avión de las Fuerzas Aéreas.

-¡Guy! ¿Derribaste uno de nuestros propios aviones?

-Eso es lo que parece.

De nuevo Flayer guardó silencio contemplando pensativamente a su amigo. Movió la cabeza.

-Eso puede ser grave, Guy. Seguramente te tropezaste con algún nuevo prototipo en período experimental. Tal vez se trate del avión atómico que se viene anunciando desde hace años...

-No lo sé, Ed. Lo que parece evidente es que he metido la pata hasta la ingle -murmuró Richey felicitándose por lo bien que estaba enhebrando la mentira.

-¿Crees que te expulsarán de las Fuerzas Aéreas?

-¿Cómo puedo saberlo?

Edgar Flayer estuvo callado unos minutos sin apartar sus ojos de Richey. Finalmente, el negro se puso en pie y salió con una excusa.

No tuvo que preguntarle Guy dónde iba.

Ahora, Flayer correría a contarles a sus compañeros de escuadrón el tropiezo que acababa de tener su amigo. Richey estaba seguro de ello, pero lejos de indignarse, esta vez sonrió.

El «Boeing» de chorro de las Fuerzas Aéreas tomó tierra en la Base Larson a las diez de la noche. Sus pasajeros, técnicos aeronáuticos en su mayoría, fueron a tomar los automóviles que les esperaban para conducirles al lugar donde aquella mañana se había estrellado la máquina.

Un corto número de pilotos acudió a despedir a Guy al pie de la escalerilla de acceso al «Boeing», expresándole su condolencia por su mala suerte. Guy les dio las gracias y subió al avión, el cual volvió a despegar apenas se hubo repostado de combustible.

A las cuatro de la madrugada, Guy Richey se apeaba del automóvil que le había traído desde el aeródromo ante un hotel de segunda categoría para negros.

A las nueve y media se apeaba de un taxi ante el enorme edificio del Pentágono. A las diez era recibido por el coronel Edmeston.

-Sólo puedo dedicarle cinco minutos, teniente Richey. ¿Cómo está usted? -dijo Edmeston estrechándole la mano.

Aquella forma de recibirle sorprendió a Guy.

-El coronel Lupton me ordenó venir y presentarme a usted.

-Sí, claro. Yo mismo aconsejé a Lupton que le alejara de la base con el único fin de evitar que sus compañeros pudieran hacerle demasiadas preguntas. Richey, por razones de nuestra seguridad, es conveniente que no hable usted con nadie de ese extraño aparato que derribó ayer en el extremo occidental del país. ¿Será capaz de guardarnos el secreto?

-Naturalmente, señor.

-¿Tiene usted familia?

-Tengo padre y un hermano en Nueva York.

-¿Es usted soltero?

-Sí.

-Bueno, no hay inconveniente en que vaya usted a visitar a su familia, siempre y cuando se abstenga de relatar nada relativo al incidente del que usted fue uno de los protagonistas. Olvídese de ese «platillo volante» como si nunca hubiera existido. ¿Podrá hacerlo?

-Sí, señor.

Edmeston se quedó mirando unos instantes al joven aviador.

-Es usted negro, ¿verdad?

-Sí, al menos eso dice la gente -afirmó Guy con amargura.

-¿Qué opina de esa inmigración masiva que la gente de color está haciendo al África negra?

-Verdaderamente, no sé qué decirle -repuso Guy esbozando una sonrisa sorprendida-. La gente de color huye de América y se va al África porque cree que allí se verán libres de la amenaza que pesa sobre el resto del mundo. Ignoro de qué fuente brotó la especie de que los antiguos dioses tribales van a proteger a los hombres de piel negra, y ciertamente no me explico cómo semejante creencia ha llegado a arraigar incluso en hombres de color notables por su instrucción... aunque éstos sean los menos entre los que se afanan por hacer sus maletas y huir al África.

-Sí, eso es cierto. Sin embargo, también hay gente ilustrada, disfrutando de buena posición y bien retribuidos empleos que lo abandonan todo para marcharse. Por ejemplo, nuestros pilotos. ¿Sabe cuántos de nuestros pilotos negros han desertado desde que comenzó esta efervescencia entre la gente de color?

-No tengo la menor idea.

-Se lo diré de modo que usted pueda comprenderlo mejor. De cada diez de nuestros pilotos de color, ocho se licenciaron o desertaron en los últimos cinco meses. Esto equivale al ochenta por ciento de todos los aviadores negros alistados en las Fuerzas Aéreas. Una cosa hay que nos gustaría saber, y es si esos hombres marcharon por su propia voluntad o si, por el contrario, recibieron ofertas tentadoras que les animaron a abandonar sus bien retribuidos empleos. ¿Usted no sabrá algo por casualidad?

-No, en absoluto.

-¿Nadie le ha hablado, siquiera veladamente, de abandonar las Fuerzas Aéreas invitándole a marchar a África?

-No.

Edmeston observó pensativamente a Richey durante un minuto. Luego, suspirando y abandonando su sillón, tendió de nuevo la mano a Guy.

-Vaya usted a ver a su familia, Richey... y vuelva por aquí dentro de otras cuarenta y ocho horas. Es posible que para entonces sepamos algo en concreto acerca de ese «platillo volante».

Guy abandonó el despacho. Dos horas más tarde volaba en un transporte de las Fuerzas Aéreas rumbo a Nueva York.

Desde el aeródromo de Bennett, un taxi amarillo llevó a Guy a través del populoso barrio de Brooklyn en dirección a Manhattan. Cuando el auto bajaba por la rampa del puente de Brooklyn por el lado de Manhattan, Guy pudo ver una muchedumbre de negros ante un paquebote fondeado en una de las dársenas.

El conductor, tomando a Guy por forastero e ignorando que era un negro, dijo volviendo la cabeza:

-Miren a los malditos afanándose por alcanzar un sitio en ese barco. Durante un siglo, desde que les dimos la libertad, les hemos tenido a nuestro alrededor creándonos múltiples problemas. Se situaron en el centro de nuestra ciudad, y conquistando barrio tras barrio han llegado a amenazarnos con expulsarnos de Manhattan. Los hemos soportado como una maldición. ¿Y qué ocurre ahora? A la primera señal de peligro echan a correr como las ratas, dejándonos solos con nuestras dificultades. Ésa es toda la gratitud que ellos alcanzan a demostrar por el país que les dio el pan y la libertad.

Guy optó por callar, aunque conocía muchos aspectos de la cuestión con qué refutar las supuestas bondades que el país había tenido para los negros. De todos modos, una discusión no iba a conducir a ninguna parte ni ayudaría a sacar a este típico neoyorquino del error en que estaba.

El taxi tomó por la Segunda Avenida. Guy vio entonces lo que no había visto en Seattle y no tuvo tiempo de ver en Washington aquella mañana; el público formando largas colas ante las panaderías y las tiendas de víveres.

Nunca, ni en las peores épocas de la Segunda Guerra Mundial, se había visto a los neoyorquinos formando cola para tomar su pan, su mantequilla ni ninguno de los alimentos básicos.

-¿Cómo anda el problema de las subsistencias aquí en Nueva York? -preguntó Guy al taxista.

-Malo -repuso el hombre sacudiendo la cabeza-. Todos los artículos han sido racionados, pero aun así parece que pronto no habrá raciones que repartir. Yo me pregunto si será posible que una nación que mantiene en pie su poderosa industria intacta pueda llegar a perecer de hambre como aseguran algunos pesimistas. Usted que es aviador, diga: ¿Cree de veras que estemos siendo atacados por medio de bacterias por hombres de otro planeta?

-Como usted comprenderá, el hecho de ser aviador no me autoriza a dar una respuesta categórica a esa pregunta. Ni siquiera los sabios saben de dónde proceden esas bacterias. ¿Cómo voy a saberlo yo?

El conductor volvió refunfuñando a enfrascarse en los problemas que creaba el intenso tráfico a la hora en que cerraban las fábricas y las oficinas.

-¿Dónde debo llevarle? -preguntó el conductor cuando rebasaban la calle Ciento Diez.

Allá en el lejano aeródromo de Bennett, Guy habría tropezado con dificultades para alquilar un taxi si de buenas a primeras hubiese indicado que deseaba ser llevado a Harlem, pues entonces probablemente el taxista se habría fijado mejor hasta descubrir que en realidad era un negro.

Ahora, Guy dijo:

-Siga adelante hasta la calle Ciento Veinticinco.

A través del espejillo retrovisor, los ojos de Guy se encontraron con la

mirada cargada de suspicacia del taxista. El hombre refunfuñó algo entre dientes, metió la cabeza entre los hombros y siguió conduciendo. Tal vez no le gustara que su pasajero se hubiera burlado de él.

El coche entró en el barrio negro: Harlem. Guy conocía a partir de aquí aquellas calles palmo a palmo. Sobre aquel oscuro y caliente asfalto se había criado. Pero el Harlem que ahora veía era muy distinto de aquel que conoció.

Harlem, en realidad, era un barrio desierto. Las viejas casas de vecindad, en otros tiempos ruidosas colmenas donde las familias se apiñaban materialmente unas encima de otras, aparecían ahora silenciosas y cerradas. La ciudad, por otro lado, debía atravesar una crisis de barrenderos a juzgar por la suciedad de las calles llenas de papeles, pieles de plátano y otros desperdicios e inmundicias.

Bares, tiendas, teatros y casas de apartamentos, todo estaba cerrado. En muchos casos, los escaparates conservaban todavía la mayor parte de los artículos que exhibían, cubiertos de polvo a través de los sucios cristales y las rejas de seguridad herméticamente cerradas.

Por las aceras, antaño repletas de una multitud negra bullente y jaranera, circulaban contados peatones.

-¡Todo vacío! -exclamó el conductor soltando el volante para accionar con las manos-. Me pregunto qué esperarán encontrar ustedes allá en África. Mal que bien, aquí vivían como personas civilizadas.

-¿De qué se quejan ustedes? -contestó Guy desabridamente-. Por espacio de cien años han estado maldiciendo de los negros porque les robaban el espacio que consideraban vital. Los negros se han ido. Todo Harlem vuelve a ser para ustedes. Pare aquí mismo.

El auto paró junto al bordillo. El taxista guardó sombrío silencio mientras Guy le abonaba el importe de la carrera, pero al querer darle Guy un par de dólares como propina, protestó:

-Guárdese su dinero, amigo. De todos modos no puedo comprar un bistec con él.

De pie en medio de la acera, con la maleta a su lado, Guy levantó el rostro para mirar a cierta ventana del cuarto piso de la vetusta casa que se alzaba ante él. Lo primero que advirtió fue que se habían secado con el calor los geranios que su padre cuidara con tanto amor.

Esto de por sí ya era una señal de mal agüero, o Guy al menos así lo interpretó.

Entró en el oscuro portal. La vieja Laly salió con su blanca peluca a su llamada. Tardó bastante en reconocerle.

-¡Guy, muchacho! -exclamó levantando sus manos sarmentosas-. Lo que me alegro de verte. ¿Quieres subir a tu casa? Te daré la llave. Nadie ha entrado en vuestro piso desde que tu padre y tu hermano se marcharon.

-¿Papá y Adam se marcharon? -exclamó Guy atónito-. ¿Dónde?

-Pues donde todo el mundo. A África.

-¿Cuándo?

-Espera que haga memoria... Sí, hace hoy cuatro días.

Guy se apoyó en el reluciente pomo de metal que remataba la barandilla de hierro de la escalera. La vieja Laly le estaba contando los pormenores de la marcha del doctor, pero Guy no la atendía siquiera. No podía comprender el significado de la repentina decisión de su padre.

Su padre, médico muy querido y respetado en el barrio, era una persona culta, un hombre sensato. ¿Cómo pudo dejarse arrastrar de aquella corriente de histerismo colectivo que agitaba a la población negra de toda África y unirse a la masa ignorante que afluía hacia el África?

¡Y ni siquiera le había avisado!

Luego, ¿qué decir de Adam, muchacho inteligente, interno de la Clínica Mayo, una promesa en Medicina?

Guy tomó la llave de manos de la vieja Laly, cogió su maleta y subió la escalera de desgastados peldaños hasta su piso. Le animaba la esperanza de encontrar alguna carta de su padre dándole cuenta de su decisión de embarcar rumbo a África, pero esta suposición carecía de lógica.

Más probable era que su padre le escribiera a la Base Larson y que su carta llegara allá apenas él había tomado el avión para volar a Washington.

No había carta alguna en el piso.

Guy, después de abrir las ventanas, permaneció un buen rato dando vueltas por el piso, tomando aquí y allá una vieja fotografía, un reloj o una pipa rota, recuerdos muchos de ellos estrechamente ligados a su infancia.

Luego, repentinamente, tomó la puerta y salió.

Al llegar a la calle se detuvo indeciso. El barrio, antes ruidoso y activo, aparecía desierto y silencioso. Solamente, de los muchos bares de la calle, quedaba abierto el de Jeffers.

Guy cruzó la calle y entró en el bar.

Un corto número de parroquianos, todos negros como era natural, escuchaba atentamente la radio. Al entrar Richey, los parroquianos clavaron en él una mirada de hostilidad. El propio Jeffers le contempló con el ceño fruncido desde detrás del mostrador.

-¡Guy, muchacho! -exclamó de pronto el viejo Jeffers reconociéndole. Se volvió a sus parroquianos-. Éste es de los nuestros.

Guy se acercó al mostrador.

-Espera, Guy, vamos a oír lo que dice la radio -dijo Jeffers estrechando la mano del aviador.

La radio debía haber comenzado a dar su boletín de noticias poco antes de entrar Guy. Éste no supo a lo pronto de qué iba la cosa, hasta que oyó citar el nombre de Johannesburgo. Las noticias, pues, se referían a la Unión

Sudafricana.

Según informaba el locutor, violentos motines habían estallado en varias ciudades de aquel territorio, llegando las masas negras a sangriento cuerpo a cuerpo con las fuerzas de la policía blanca.

-La batalla se produjo a renglón seguido de que los manifestantes entraran en la ciudad llevando pancartas donde se leía: «Hombres blancos, marchaos a vuestra tierra» y «África para los africanos». Al pretender la policía disolver la manifestación haciendo varios disparos al aire, una de las balas alcanzó a un negro. El populacho reaccionó con extraordinaria violencia, sacando de entre sus ropas pistolas ametralladoras y granadas de mano. La calle quedó sembrada de cadáveres en breves minutos y la policía se vio obligada a retirarse a su cuartel. Las turbas atacaron a continuación el edificio, arrojando bombas incendiarias contra las ventanas. La rápida llegada de los soldados, protegidos por carros blindados, salvó a los policías de perecer abrasados en su propio cuartel. Las luchas callejeras prosiguen a la hora de recibir esta información -dijo textualmente el locutor.

-Bueno, por fin vino lo que tenía que venir -dijo suspirando el viejo Jeffers cerrando la radio-. Nadie salva esta vez a los sudafricanos de ser arrojados al mar. ¿Cómo estás todavía por aquí, Guy, muchacho? ¿Por qué no te has marchado también con tu padre y tu hermano?

-¿Por qué no se ha marchado usted?

-Bueno, hombre. Alguien tenía que cuidarse del negocio. Pero mis hijos ya se marcharon todos, y la vieja y yo no tardaremos en seguirles.

-¿Pero, qué locura les ha entrado a todos por huir a África? -exclamó Guy sorprendido-. ¿Qué esperan encontrar allí?

-Guy, muchacho. Nosotros somos personas cultas y no creemos en falsos dioses y brujerías. Sabemos que para que se produzca una revolución que derribe los viejos sistemas explotadores de los blancos, hace falta algo más que bailar al son de los tambores e invocar la intervención de los espíritus para que aniquilen a los blancos. Hay que luchar contra los blancos con sus mismas armas, y para superarles hemos de trabajar con las mismas máquinas que ellos lo hacen. Sí, éste es el despertar de nuestra raza, y no podemos permitir que se malogre. Los negros norteamericanos estamos llamados a desempeñar un papel de primerísima importancia en el nuevo orden que alborea. En un continente de salvajes y analfabetos, nosotros representamos la cultura y la técnica. Al fin, algo hemos salido ganando de que nuestros abuelos fueran capturados en África y traídos a este continente para trabajar como esclavos bajo el látigo de los blancos. Somos trece millones de negros norteamericanos, número suficiente para poblar una nación, transformarla y convertirla en una potencia culta, industriosa y poderosa. Tenemos sabios, doctores, políticos, físicos y

matemáticos, soldados, marinos, aviadores y especialistas en todos los ramos de la industria moderna. Por eso somos necesarios en África, donde el vehemente anhelo de independencia de nuestros hermanos de raza se estrella contra la incapacidad, la incultura y el analfabetismo de una mayoría de sus habitantes.

Guy contemplaba estupefacto al viejo Jeffers. El negro hablaba con el acento de un iluminado o un loco, y había en él algo que infundía a la vez temor y respeto.

Jeffers terminó diciendo:

-Por eso, si me preguntas qué podemos esperar encontrar al llegar a África, yo te contesto: «Esto, hijo mío: Caos, desorden y miseria». Todo allí está por hacer, y hemos de ser nosotros quienes lo hagamos con nuestras manos. Mas para edificar la nueva África debemos de ir allí, colaborar con ánimo de sacrificio, y no esperar aquí en nuestra cómoda posición que otros nos den hecha la nación donde nos gustaría vivir.

Los parroquianos de Jeffers asintieron con repetidos movimientos de cabeza. Guy Richey tuvo entonces la impresión de que había vivido demasiado tiempo aislado de las ideas reivindicativas de su raza.

Había algo más profundo que un simple temor a arrostrar el hambre que amenazaba a América en aquel movimiento migratorio de las masas negras hacia África, y era un sentido de responsabilidad que despertaba en la conciencia de los hombres de color que realmente podían hacer algo por mejorar la suerte de su raza.

Tal vez el doctor Richey había marchado inspirado por su altruismo, consciente de su deber de médico de no abandonar a sus amigos en tan grave trance, pues al fin, ¿qué cabía esperar que aquellos millones de inmigrantes encontraran al llegar a África?

«Caos, desorden y miseria», había dicho Jeffers.

Y Guy evocó con la imaginación una escena dramática en cualquiera de los puertos de la lejana África; hombres, mujeres y ancianos y niños amontonados a lo largo de las calles de una sucia población negra, sin alimentos, sin techo donde resguardarse de la lluvia y el sol tropical, sin medios para proporcionarse unos y otros, sin medios sanitarios, expuestos a enfermedades y epidemias.

Y con la imaginación, Guy vio a su propio padre entre estas gentes, compungido, esforzándose por ayudar a sus amigos con su bondad y su ciencia, sin nada más que sus manos y sus conocimientos para remediar enfermedades y miserias.

En aquel mismo momento, Guy decidió que también él iría a África.

CAPÍTULO IV

Con veinticuatro horas de anticipación sobre lo previsto, Guy Richey estaba de regreso en Washington D. C.

Una de las obsesiones de Guy había sido siempre hacer bien las cosas que se proponía realizar. Lo primero que hizo, pues, fue dirigirse al departamento de personal de las Fuerzas Aéreas y solicitar su licencia.

Pero la petición de Guy debía seguir ciertos conductos reglamentarios, y después de hacerle rellenar un formulario le indicaron que debería volver al día siguiente. Guy volvió al día siguiente y con gran sorpresa suya vio que le llevaban hasta el despacho del coronel Edmeston.

-Usted se está preguntando si es preciso que uno pase por las oficinas del Servicio de Información, para conseguir que le concedan su licencia -dijo Edmeston sonriendo, y contestó a su propia pregunta-. No, generalmente no es así. Pero quería hablar con usted.

-Muy bien -dijo Richey un poco incomodado.

Edmeston tomó de su mesa una hoja de papel, en la que Guy reconoció el formulario que él había llenado el día anterior.

-No es corriente que insistamos demasiado preguntando los motivos que impulsan a uno de nuestros oficiales a abandonar las Fuerzas Aéreas, teniente Richey. Pero muchos pilotos y especialistas negros nos han estado abandonando últimamente, algunos incluso sin solicitar previamente su licencia o su ascendencia, que es lo que se acostumbra en los casos que el contrato que tienen firmado con las Fuerzas Aéreas todavía ha de continuar algunos años en vigor. Usted ha expuesto aquí razones de índole familiar. ¿Podría decirnos, Richey, en qué sentido ha influido su familia para que nos abandone?

-Mi padre y mi hermano marcharon al África hace unos días. Si es posible, quiero ir a reunirme con ellos.

El coronel se retrepó en su silla giratoria y guardó pensativo silencio sin dejar de mirar a Guy.

-Richey -dijo finalmente-. ¿Recuerda lo que hablamos aquí el martes?

-Sí, naturalmente.

-No me ha preguntado usted si sabíamos algo más concreto acerca del «platillo volante» que derribó. ¿Por qué? ¿Se ha desvanecido repentinamente todo su interés por ese asunto?

-Estoy en vísperas de abandonar las Fuerzas Aéreas. Por lo tanto no creo que usted esté dispuesto a hacer confidencias a quien pronto dejará de pertenecer a las Fuerzas Armadas.

-Usted todavía pertenece a las Fuerzas Aéreas. Por lo tanto voy a decirle algo que, en el caso de abandonarnos después, estará obligado a mantener en secreto bajo las penas que prescribe la ley.

Guy guardó silencio ahora. Edmeston hizo una pausa y prosiguió:

-En primer lugar, hemos identificado el cadáver del piloto negro que rescatamos entre los restos del «platillo volante». Se llamaba James Sterling. Tenía treinta años de edad, era natural de un pueblecito de Virginia, del Oeste y había pertenecido a nuestras Fuerzas Aéreas hasta que se licenció hace un año, abandonando después el país sin que se sepa dónde se dirigió. Fue fácil establecer su identidad después que le tomamos las huellas dactilares.

Guy Richey miraba con asombro al coronel.

-Así, pues -prosiguió Edmeston- queda descartada de una vez toda supuesta intervención extraterrestre en ese asunto de los «platillos volantes». Los «platillos volantes» fueron construidos en la Tierra, y por lo que ahora sabemos de ellos, ni siquiera son capaces de abandonar nuestra atmósfera para realizar ninguna clase de vuelo interplanetario. Parte de sus piezas fueron fabricadas en los Estados Unidos por distintas firmas. Otras se fabricaron en Australia, Japón y Alemania, y enviadas a distintos destinatarios de varios puertos de África: Alejandría, Ciudad del Cabo, Mozambique, Zanzíbar y otros. Estamos tratando de seguir la pista de esas piezas en los puertos donde fueron enviadas, aunque sin esperanzas de dar con su paradero definitivo. Probablemente esas piezas fueron recogidas bajo nombres supuestos, y llevadas a algún lugar secreto, se montaron completando esas máquinas que conocemos por «platillos volantes».

-¿Pudieron nuestros técnicos desentrañar el misterio de su funcionamiento?

-No hay tal misterio. Los «platillos volantes» se mueven por el conocido sistema del autogiro. Dos grandes hélices horizontales del sistema de paletas múltiples giran dentro del aparato en sentido contrario, lanzando hacia abajo una corriente de aire sustentadora a través de una serie de ranuras. Dos hélices empujan desde atrás el aparato, el cual es ayudado en la sustentación por la forma particular de su fuselaje de ala circular. La máquina así conseguida no es muy rápida, a lo sumo puede volar a seiscientos kilómetros por hora, que es la velocidad normal de cualquiera de nuestros aviones propulsados por hélice y motor de pistón. En cambio tiene una ventaja que le hace muy superior a nuestros más modernos aviones de chorro. Un «platillo volante» puede subir por encima de los cuarenta o cincuenta mil metros de altura, donde nuestros reactores no podrán seguirle jamás. Y lo que es todavía más maravilloso, puede mantenerse a esa altura y volar por tiempo indefinido.

-¡Caramba! -exclamó Guy admirado-. Aunque no sea muy rápido que digamos, esas dos ventajas suplen con mucho su lentitud, ¿no es cierto?

-Estamos asustados, ésa es la verdad -dijo Edmeston-. Al menos por ahora, no poseemos un arma capaz de enfrentarse con ventaja con esos

«platillos volantes». Lo que hace de estas máquinas un artefacto verdaderamente revolucionario, es su nuevo sistema de propulsión por motores eléctricos. Un motor eléctrico puede funcionar perfectamente a cincuenta o sesenta mil metros de altura, donde la falta de oxígeno impide que pueda funcionar un motor de gasolina, bien sea de chorro o de émbolo. Por lo demás, lo que hace de los «platillos volantes» un arma eficaz y peligrosa, es su capacidad de volar por tiempo indefinido. La energía eléctrica, que en el caso del «platillo volante» es su «combustible», la recibe de una emisora de ondas energéticas situada en tierra. Por medio de un aparato receptor, el «platillo volante» capta esas ondas y las transforma en energía eléctrica para alimentar los motores. Es claro que mientras la emisora de tierra no deje de funcionar y no haya avería en el receptor ni los motores del aparato, éste volará por tiempo indefinido, únicamente limitado por la resistencia física de su piloto.

-En resumen, algo parecido al avión atómico que nosotros intentamos construir -murmuró Guy pensativo.

-Sí, aunque mucho más barato para los hombres que lo han construido.

-¿Qué sabemos de los hombres que lo fabricaron? -preguntó Guy interesado-. ¿Son nuestros amigos? ¿Son enemigos, o qué son?

-Hemos comprobado que el «platillo volante» derribado por usted llevaba un depósito en que se encontraron bacterias del mismo tipo que las que están destruyendo nuestras cosechas. Por lo tanto, tenemos razones suficientes para creer que ése y otros «platillos volantes» son los autores de la guerra bacteriológica que un enemigo invisible está llevando a cabo contra nosotros.

El asunto de las bacterias era algo que Guy había olvidado completamente mientras se interesaba por el «platillo volante» como novedad técnica, más bien que como arma.

Guy dijo sobresaltado:

-¿Pero quién es en realidad nuestro enemigo? ¿Quién se esconde detrás de esos «platillos volantes»?

-Una pregunta muy interesante -dijo Edmeston sonriendo-. Tenemos una pista. El nombre del inventor de ese revolucionario sistema de enviar ondas de energía por radio. Se llamaba Pedro Marysvale. Era un mestizo de indio argentino. En mil novecientos cuarenta y tres, en plena segunda guerra mundial, Marysvale se puso en contacto con el gobierno americano por medio de un agente secreto. Marysvale, nada más y nada menos, pretendía haber descubierto los principios de un invento consistente en el envío de ondas de energía a través del aire como si se tratara de ondas de radio. El invento era apenas un bosquejo en la cabeza de Marysvale, quien había construido un aparato rudimentario sin más fin que el de demostrar la posible realización de su invento...

-¿Llegó a presentar su invento? -inquirió Guy interesado.

-Marysvale vino a los Estados Unidos con su aparato. Hizo una demostración ante la Comisión encargada del asunto. La Comisión hizo su correspondiente informe y la proposición de Marysvale fue rechazada.

-¿Qué dijo la comisión en su informe?

-Para llegar a una utilización práctica del invento de Marysvale hacía falta gastar quizá centenares de millones de dólares en un plan extenso de desarrollo. Y al fin y al cabo, la utilización de ese invento como arma decisiva para darnos la victoria en la guerra que estábamos empeñando, era muy dudosa. Los Estados Unidos habían invertido ya muchos millones de dólares en el estudio de la bomba atómica, y la consecución de ésta era ya una firme promesa. Marysvale se fue con su aparato y ahí terminó el asunto.

-¿No volvió a saberse de él?

-No. Al menos en los Estados Unidos. Sin embargo, cabe dentro de lo posible que Marysvale fuera a ofrecer su invento a otra potencia, y eso tratamos ahora de averiguar. Pero es muy posible que Marysvale se encuentre en África.

-¿Por qué en África? -exclamó Guy experimentando fuerte sobresalto.

-Las distintas piezas de los «platillos volantes» fueron enviadas a África, ¿no es así? Esas máquinas debieron montarse en algún país africano, y desde allí operan efectuando frecuentes vuelos para sembrar las nubes de bacterias que destruyen nuestras cosechas y arruinan nuestra riqueza ganadera. Si esas bacterias cayeran por igual sobre todo el globo, habría que pensar en la venganza personal de algún loco contra la Humanidad que le causó algún daño, y en ese caso mi dedo apuntaría a Marysvale y diría; «ése es». Pero hay algo evidentemente significativo en el hecho de que mientras todo el mundo sufre los devastadores efectos de esas bacterias perniciosas, África conserva intactos sus ganados y ha tenido este año una magnífica cosecha de trigo. ¿Qué le dice eso a usted, señor Richey?

-Si lo que pretende insinuar es que África ataca con bacterias al resto del mundo... -murmuró Richey.

Sosteniendo la mirada de Guy, el coronel afirmó:

-Sí, eso mismo, teniente. Y crea que si únicamente lo insinúo, es por no poderlo afirmar por falta de pruebas. Precisamente ahora tratamos de conseguir esas pruebas... y es por eso que habíamos pensado en usted.

-¿Que han pensado en mí? -exclamó Guy-. ¿Para qué?

-Usted es un buen piloto. Sabemos que los negros norteamericanos que llegan a cualquier puerto de África son seleccionados de entre el resto de los inmigrantes. Aquellos que poseen alguna especialidad valiosa, tanto si se trata de obreros calificados como de técnicos, ex soldados o ex

aviadores, son separados de los demás y gozan de un trato especial. Por avión o por carretera se les envía a algún lugar secreto... y ese lugar secreto es el que tratamos de averiguar cuál es.

-¿Cree usted que por coincidencia ese lugar secreto sea el mismo desde el cual operan los «platillos volantes»? -dijo Guy sintiendo un vago malestar.

-Tal vez todos los especialistas no sean llamados a trabajar en la base secreta de los «platillos volantes», pero hay buenas probabilidades de que un piloto de reacción de las Fuerzas Aéreas Norteamericanas acabe por verse en la base de los «platillos volantes» cuando menos se lo espere.

-¿Y ustedes esperan que yo les conduzca hasta ese lugar secreto?

-Bueno, tal vez piense usted que la proposición que le hago es contraria e irreconciliable con el alto ideal que usted ha llegado a formarse de la causa de los hombres de color. Si es así, le haré una pregunta. ¿Cree que para que la raza negra se emancipe y llegue a alcanzar un puesto preeminente en el concierto de las naciones, es preciso que aniquile la economía del resto del planeta? ¿Es legal que para que África se independice económica y políticamente de los blancos, destruyan ustedes la riqueza de los demás?

Guy guardó silencio unos minutos. Luego dijo:

-No sé hasta qué punto es legal que los africanos ataquen la economía de los demás países para enriquecerse luego alimentándolos. La relación entre los «platillos volantes» y el ataque bacteriológico, con el movimiento emancipador de los africanos, no está demostrada después de todo. Pero le diré una cosa. Durante siglos, los blancos mantuvieron a los africanos en su ancestral analfabetismo, considerando que un negro ilustrado, con aspiraciones de conseguir un nivel de vida igual al de los trabajadores blancos, era un individuo peligroso por cuanto al pedir aumento de salario mermaba las fabulosas ganancias de sus patronos. Yo le pregunto, ¿era legal que para mantener los salarios bajos, los blancos no hicieran el más pequeño esfuerzo para arrancar a los africanos de su primitivismo sistema de tribus?

El coronel Edmeston se puso bruscamente en pie. Frunciendo el ceño y clavando en Richey sus ojos enojados dijo:

-Creo que continuar esta discusión es completamente inútil, por cuanto usted ya ha sido ganado para la causa de los negros. De acuerdo, váyase con ellos. Nadie lo impedirá.

Guy se puso en pie. En realidad, lo que había dicho no era exactamente lo que quería decir. Pero no encontraba otra forma de exponer su particular punto de vista.

Inclinando la cabeza, avergonzado aunque firme en su negativa, Guy abandonó el despacho del coronel regresando al departamento del personal.

Temía que como represalia se negaran a concederle la licencia solicitada, pero se equivocó.

Aquella misma tarde, vistiendo ropas de paisano, Guy tomaba el avión de Nueva York.

Veinticuatro horas más tarde se embarcaba rumbo a África.

CAPÍTULO V

En Mozambique, las aguas del puerto no tenían suficiente profundidad para el calado del buque. El desembarco hubo de realizarse por medio de barcas, y los nativos cobraban un dólar por persona sólo por llevar a los pasajeros desde el costado del trasatlántico al bajo muelle de madera que sólo distaba un centenar de brazas.

En realidad, la compañía armadora del buque tenía la obligación de conducir a sus pasajeros hasta tierra firme. Pero como tantas veces había visto Richey durante la infernal travesía por mar, la compañía armadora del buque se reservaba todos los derechos de hacer cumplir al pasaje las disposiciones que reinaban a bordo, aunque sin cumplir por compensación las que por su parte estaba obligada a prestar.

Como muchos de los pasajeros no tenían un solo dólar al término del viaje, aquéllos que no pudieron conseguirlo prestado hicieron a nado la distancia que separaba el barco del muelle.

Guy Richey no experimentó ninguna sensación nueva al pisar por primera vez tierra africana, como no fuera de alivio por abandonar el buque donde, en una versión moderna, con guitarras y aparatos de radio de transistores, se habían reproducido las escenas de los antiguos barcos negreros de muchedumbres mal alimentadas hacinadas en las bodegas como ganado.

Muchas veces se había preguntado Richey qué hacían los negros al llegar a África. Y aquí, ante sus ojos, tenía ahora la respuesta.

Los negros, al menos por el momento, no hacían nada.

Sin medios de subsistencia, sin dinero la mayoría de ellos, se amontonaban por doquier a lo largo de las estrechas calles, bajo los árboles o en cualquier choza o barraca donde pudieran guarecerse del sol y la lluvia. Nadie se preocupaba de ellos. Y el hambre, con su secuela de enfermedades contagiosas, empezaba a hacer estragos en ellos.

Puesto que su padre y su hermano habían desembarcado en Mozambique, Guy empezó a buscarles apenas desembarcó.

El doctor Richey y su hijo Adam sólo hacía una semana que llegaron a Mozambique. Guy contaba pues con razonables probabilidades de encontrarles todavía allí, pero muy pronto supo que su padre y su hermano no se encontraban en la ciudad.

En efecto, como esperaba, Guy encontró algunos inmigrantes norteamericanos del barrio de Harlem que conocían a su padre, incluso al propio Guy. Pero las noticias que éstos pudieron darle eran desalentadoras.

-Sí, el doctor estuvo un par de días por aquí. Luego vinieron a buscarlos con un coche y se lo llevaron. Al muchacho también -le dijeron.

-¿Pero dónde se los llevaron? ¿Quiénes vinieron a buscarles?

-Hay por ahí algunos tipos dedicados a hacer preguntas a todo el mundo. Parece que van buscando a determinados hombres, por ejemplo a sopletistas, mecánicos y otras especialidades por el estilo. Si encuentran a varios de la profesión que buscan, escogen a los que les parecen mejores y se apuntan los nombres de los demás. Pero parece que sobramos aquí gente de todas profesiones que uno se pueda imaginar -dijo lamentándose el negro que respondía a las preguntas de Guy.

Puesto que aquellos hombres se habían llevado a su padre, Guy se propuso buscarlos por la ciudad. Pero empezó a llover torrencialmente y anocheció antes que pudiera dar con ninguno de ellos.

Ante la puerta de una gran barraca junto al muelle, que probablemente había servido de almacén de pescado, dos negrazos montaban guardia armados de sendos garrotes. Por dos dólares permitían la entrada para dormir en la barraca a los refugiados. Naturalmente, era un abuso, pero uno tenía que tomarlo o dejarlo, y pasarse la noche bajo la lluvia con la espalda contra una pared.

Guy pagó maldiciendo los dos dólares y entró en la barraca llena de gente que cubría materialmente el piso con sus fardos y maletas. Sorteando y haciendo equilibrios para no pisar a los inquilinos de la barraca, Guy alcanzó un rincón donde con la buena voluntad de un par de negros norteamericanos encontró el hueco justo para sentarse contra la pared con las rodillas junto a la barbilla.

El aire apestaba horriblemente a pescado podrido, la atmósfera era caliginosa y las voces de los refugiados se mezclaban con los llantos de los niños.

-Yo tenía en Long Island mi casita propia con un jardín, cinco habitaciones y dos cuartos de baño -refunfuñaba uno de los hombres junto a Guy-. Todavía estoy preguntándome cómo diablos he venido a parar a este inmundo lugar.

En alguna parte, no demasiado lejos de donde Guy estaba, se escuchó la voz airada de una mujer hablando en el inglés del barrio Harlem que tan bien conocía Guy:

-¿De qué se quejará la señoritinga estúpida? -chillaba una matrona de piel charolada por el sudor-. Mal que te pese no dejas de ser una negra como nosotros, hija. Y puesto que los blancos no te soportarían pese a tu piel blanca, aguántate al menos sin hacer tantos remilgos de tus hermanos.

En efecto, por lo que Guy pudo ver, la muchacha que se ponía en pie tenía el cabello castaño y la tez blanca. Era alta, espigada y poseía cierta distinción personal que contrastaba rudamente con los groseros ademanes de la negra gorda que era quien chillaba.

-Señora -dijo la joven con tranquila voz-. Yo soporto lo que sea, siempre que los demás estén a la recíproca para disculparme las molestias

que involuntariamente pueda causarles. Por lo demás, este incidente podría haberse evitado poniendo usted de su parte más comprensión y un mínimo de educación.

-¿A que resultará que tú eres la única persona decente de todos los que estamos en esta barraca? ¿Es que somos cerdos los demás?

-Usted se lo dice todo, señora.

-¿Cómo? ¿Qué quieres decir, desgraciada?

La corpulenta matrona echó mano al pelo de la muchacha y tiró de él con furia haciéndola caer de rodillas.

Un hombre anciano se levantó y corrió a sujetar por detrás a la negra, con tan mala fortuna que al tirar de la blusa de ésta se la desgarró.

La negra pegó un chillido y se revolvió soltando un revés a la cara del viejo que hizo que éste retrocediera tambaleándose.

-¡Sinvergüenza! ¿Me quiere desnudar delante de todo el mundo? -chilló la negra.

Y se arrojó sobre el anciano arañándole la cara.

La muchacha saltó en pie de un brinco y agarró a su vez a la negra por el pelo.

Varias personas se habían levantado, formando un corro que se espesaba alrededor de las mujeres y el anciano. De este círculo, un negro gigantesco se adelantó cogiendo a la chica por el cuello y echándola al suelo de un empujón.

Guy saltó en pie impulsivamente, empujó a un lado a un hombre y se metió en el círculo donde el negro, después de arrojar a la muchacha sobre un montón de maletas, se encaraba con el anciano agarrándole por las solapas de la chaqueta para zarandearle.

-Escuche, amigo. Dé gracias a que es usted un anciano, que no le parto los dientes -gritó el atleta sin dejar de zarandear rudamente al anciano.

Guy tocó en el hombro al negro:

-Permítame un momento.

El negro se volvió sin haber soltado al viejo.

-¿Y usted qué quiere? -gruñó.

-Deje en paz a ese hombre -dijo Guy.

-¿Por qué?

-Porque yo se lo digo.

El negro soltó al anciano propinándole tan tremendo empujón que lo lanzó patas arriba entre un montón de fardos y maletas.

-Muy bien, mocito, ahora hablaremos usted y yo -dijo el negro.

Guy disparó su puño contra el caballete de la nariz del negro, que salió reculando a través del espacio libre que había quedado entre los fardos contra la barrera que formaban los espectadores. Éstos se apartaron, el negro enredó sus pies en una manta que estaba extendida en el suelo y cayó

de espaldas ruidosamente.

-No sé por qué empezó la pelea ni de qué lado está la razón -dijo Guy parándose con los pies separados afirmados en el piso-. Lo único que digo es que no permito que en mi presencia ningún grandullón le pegue a una mujer y a un anciano.

-Espere, le voy a dar para que no vuelva a entremeterse jamás en donde no le llaman -dijo el negro sentándose. Alargó la mano y cogió una botella. La rompió contra el piso, y con el gollete y lo que quedaba del casco en la mano se incorporó avanzando en dirección a Guy.

El círculo que rodeaba a los dos hombres se ensanchó. Se hizo el silencio.

El negro saltó adelante esgrimiendo el casco de la botella a modo de cuchillo. Guy retrocedió de un salto esquivando por milímetros el cortante pedazo de vidrio. Luego, su brazo silbó en el aire como una espada descargando un fuerte golpe con el canto de la mano en el cuello de su enemigo.

El negro cayó de bruces contra el piso. El zapato de Guy cayó sobre su muñeca magullándosela y obligándole a abrir la mano que soltó el pedazo de vidrio.

-Y ahora a pelear como los hombres -gruñó Guy alejando el pedazo de botella de un puntapié.

Al incorporarse, los ojos del negro aparecían inyectados de sangre. Se acarició la nuca gruñendo. Luego se abalanzó silenciosamente sobre Guy Richey.

El grueso puño del negro alcanzó a Guy en la barbilla tirándole de espaldas contra los bultos. El gigante saltó detrás, pero los pies de Guy, apoyándose en su estómago, le dieron vigoroso impulso adicional que lo lanzó por el aire a gran distancia contra la pared.

Guy se incorporó esperando el contraataque de su enemigo.

De un puntapié, el negro apartó una maleta que se interponía en su camino. Guy le recibió con un gancho en el estómago. Los puños del gigante se movieron azotando el aire sobre la cabeza de Guy. Éste lanzó su puño contra el mentón del hombre.

Escuchóse el crujido de la mandíbula del hombre que se rompía. Se derrumbó como un saco, rodó abriendo los brazos y quedó inmóvil.

El combate había terminado.

Guy se volvió hacia la chica que ayudaba a incorporarse al anciano. La gorda matrona, mientras tanto, corría dando gritos a arrodillarse junto al derrotado atleta.

-¿Necesitan que les ayude en algo más? -preguntó Guy.

-No, gracias. Ya es suficiente -repuso la chica.

-Creo que deberían cambiar de sitio -dijo Guy-. Vengan hacia el rincón.

Allí nadie les molestará.

La chica asintió con grave movimiento de cabeza. Tenía los ojos verdes y rasgados, una barbilla voluntariosa y una hermosa nariz clásica. Era muy guapa.

Como ella se inclinaba para coger una maleta, Guy se le anticipó levantándola para guiarles a través del tortuoso camino hacia el rincón.

-Mi nombre es Anthony Winters -dijo el anciano-. Ésta es mi hija María.

-Me llamo Richey -se presentó Guy a su vez-. Vengan y acomódense. Aquí estarán bien.

Guy se quedó un momento admirando la esbeltez de las pantorrillas de la señorita Winters mientras ésta se sentaba en el duro suelo apoyando la espalda en la pared. Luego la señorita Winters sacó de su bolsa un par de salchichones y un pedazo de jamón ahumado, invitando a Richey.

Comieron en silencio. Guy respetaba la reserva de sus nuevos amigos, hasta que no pudiendo reprimir por más tiempo su curiosidad preguntó:

-¿Son ustedes de Nueva York?

-Somos de North Virginia, aunque hemos vivido últimamente en Nueva York -dijo la señorita Winters.

-¿De veras? ¿Qué hacía usted en Nueva York?

-Tenía un buen empleo en los laboratorios de una fábrica de productos farmacéuticos.

-¿Trabajaba como taquimeca allí?

-No. Trabajaba en los laboratorios de investigación. Soy profesora en Medicina y Biología -repuso la muchacha con sencillez.

Guy guardó silencio sintiéndose corrido. Luego preguntó:

-¿Su padre es también doctor?

-Papá fue profesor de Matemáticas del Colegio Superior para gentes de color en North Virginia hasta que lo jubilaron. Luego se vino a vivir conmigo en Nueva York.

-¿Por qué están aquí?

-¿Por qué está usted aquí? -repuso la muchacha.

Guy les expuso su caso particular. Estuvo largo rato hablando de sí mismo, de su profesión de piloto, hasta que cayó en la cuenta que el profesor Winters había quedado dormido. Guy miró con el rabillo del ojo las manos de la muchacha, pero las uñas laqueadas de rojo no dejaban adivinar si existía alguna coloración delatora.

-El profesor Winters... ¿es realmente su padre? -preguntó Guy.

-Usted se pregunta tal vez si soy negra. Pues bien, lo soy. Mi madre era blanca. Nos abandonó siendo yo muy niña.

En el acento de la muchacha había cierta amargura que Guy conocía por propia experiencia.

-Curiosa coincidencia. También mi madre era blanca. Y también nos abandonó... cuando mi hermano y yo éramos pequeños.

La señorita Winters le miró con simpatía.

-Probablemente es un caso frecuente el de que las mujeres blancas que se casan con negros acaben separándose. La ley debería prohibir esos matrimonios mixtos que nos hacen desdichados a los hijos.

-En el supuesto que su padre se hubiese casado con una mujer de color, ¿preferiría usted ser negra en vez de tener la piel blanca?

-Soy negra de todos modos, ¿no es cierto?

-Sí, lo es. Sin embargo, dentro de la desgracia de ser negros, ya es algo tener la piel clara. Los blancos no nos quieren más por eso, pero entre los negros es distintivo de nobleza tener la piel blanca. Casi siempre el negro busca a una mujer de piel más clara que la suya.

-Lo malo de tener la piel blanca es que con frecuencia nos olvidamos de lo que somos. Los blancos, por el contrario, ni lo olvidan ni lo perdonan.

El tema parecía causar daño a la joven. Ella dijo escuchando después de un largo silencio:

-Sigue lloviendo. Voy a tratar de dormir un poco.

Guy la observó largo rato mientras ella tenía los ojos cerrados. Era muy bonita, probablemente demasiado para tener sangre negra en sus venas. Una chica tan linda, con un cutis tan transparente y que sin embargo no era admitida en la sociedad de los blancos, debía haber sido una mujer desgraciada. En su boca había un rictus de amargura. Y no era una niña.

Guy acabó acomodándose contra la pared. Cerró los ojos y se durmió.

* * *

Guy Richey, un poco avergonzado de su imprevisión, había tenido que aceptar de nuevo la invitación de los Winters a desayunar con ellos, cuando llegaron los dos hombres.

Los dos eran negros. Vestían a la europea trajes blancos tropicales más limpios que lo que era corriente en aquel puerto africano e iban apuntando nombres en sendas libretas. La gente se arremolinaba en torno a ellos y muchos hombres preguntaban:

-¿Oigan, cuándo nos van a sacar de aquí? ¿Es que no hay trabajo en toda África para un fresador de primera clase?

Los agentes se limitaban a guardar silencio apartando a empujones a quienes se ponían a su paso. Uno de ellos levantó la voz.

-Veamos, ¿está por aquí el profesor Winters?

Anthony Winters se puso en pie levantando su trémula mano. Los agentes se abrieron paso entre los fardos y los negros que estaban echados en el suelo viniendo hacia el rincón. Guy aprovechó la ocasión para preguntarles si sabían dónde podría encontrar a su padre, el doctor Richey.

-¿Es usted hijo del doctor Richey? -le preguntaron.

-Sí.

-Veamos sus documentos.

Guy se los mostró. Uno de los agentes tomó los papeles, los examinó y dijo mirando a Guy:

-¿Es usted piloto americano?

-Sí. Es decir, lo era hasta que me licencié hace un mes para venir a África.

-Bueno. Coja su maleta y venga.

-¿Dónde?

-¿Quiere usted reunirse con su padre, no es eso?

-Sí.

-Entonces deje que le llevemos donde él está sin hacer preguntas. Venga usted también, profesor. Y usted, señorita.

Muy contento, y en especial porque iba a seguir en compañía de los Winters, Guy cargó con su maleta y la del profesor siguiendo a los agentes hasta la calle. Les hicieron subir a un automóvil europeo.

Guy creía que su padre se encontraría en algún poblado no lejos de Mozambique. Así pues, se sorprendió mucho de ver que el auto entraba en un aeródromo en el cual había posado un par de viejos aviones «Douglas DC-6» de la época de la Segunda Guerra Mundial. Al pie de cada aeroplano había un grupo de gente. Todos eran negros.

El auto se detuvo y mientras saltaba a tierra, Guy preguntó:

-¿Es que hay que tomar alguno de esos aviones para llegar donde está mi padre?

-Hace demasiadas preguntas. Cállese.

El pequeño grupo que acababa de llegar en automóvil fue a reunirse con los que esperaban junto a uno de los aviones. Entonces, por primera vez, Guy advirtió un par de hombres vestidos con trajes blancos armados de sendas metralletas que colgaban de sus hombros por correas. Los agentes hablaron con los sujetos armados empleando algún dialecto nativo.

-Suban al avión -ordenaron los hombres armados a los componentes del grupo.

Todas las plazas del avión fueron rápidamente ocupadas. A excepción de la señorita Winters, todos los restantes pasajeros eran hombres. Los Winters ocuparon un par de asientos contiguos, delante de Guy.

Los hombres armados de metralletas subieron también. Uno cerró la portezuela y se quedó atrás en el último asiento. El otro avanzó por el pasillo desapareciendo en la cabina de los pilotos. El avión puso en marcha sus motores y despegó.

CAPÍTULO VI

El «DC-6» rodó por una pista lisa y dura. Guy iba sentado del lado del río, pero desde la otra fila de asientos, un joven negro que empleaba al hablar acento neoyorquino, gritó excitadamente:

-¡Miren, hay una gruta al pie de aquel acantilado!

El avión se detuvo. Los pasajeros se apresuraron a desembarazarse de los cinturones de seguridad mientras la portezuela era abierta por uno de los miembros de la tripulación.

Al saltar a tierra, Guy Richey miró sorprendido a su alrededor.

El piso sobre el cual estaba, aunque parecía césped desde el aire, era en realidad una pista de cemento pintada de verde. Enfrente de él, Guy vio un alto acantilado en cuya base se abría a modo de una grieta de altura irregular, suficiente en su parte más angosta para permitir el paso de un autobús, aunque quizá demasiado baja para el «DC-6».

A cada lado de la entrada a la gruta se veía un «bunker» de hormigón armado con estrechas aspilleras por las que asomaban los cañones de un par de ametralladoras.

Un grupo de gente armada vino corriendo desde la gruta. Eran negros y vestían uniformes tropicales de color verde con gorros de cortas viseras.

-Echen a andar hacia la gruta -les ordenaron. La misma voz fue repetida en español y portugués por el oficial políglota que mandaba la tropa.

Rodeados de los soldados, los viajeros anduvieron la distancia que les separaba desde la pista a la gruta y penetraron en ésta.

El primer golpe de vista que la gruta ofrecía al extraño que en ella entraba por primera vez era de mucho efecto, y en ciertos aspectos había sido preparado teatralmente para impresionar a los recién llegados.

Guy Richey y sus compañeros se detuvieron prorrumpiendo a coro en un murmullo de admiración.

La gruta estaba brillantemente iluminada por gran número de focos eléctricos pendientes del techo. Además había reflectores iluminando directamente una impecable formación de aparatos, cuyas superficies lisas brillaban con reflejos plateados de aluminio.

Aquellos aparatos eran idénticos al fantástico artefacto volador que Guy Richey había derribado en el cielo del estado de Washington, Estados Unidos, y de entre todos los que formaban el grupo fue Guy, probablemente, el menos sorprendido.

-¡«Platillos volantes»! -exclamó Albert Curtis junto a Guy-. ¡Luego existen y los tenemos aquí!

Desde distintos puntos de la gruta, un equipo de altavoces dejó oír una voz que hablaba en inglés despertando extrañas resonancias en los rincones más lejanos del recinto de granito:

-Adelante, amigos. Acaban ustedes de entrar en el Refugio de los Dioses. Sus hermanos de raza les dan la más cordial bienvenida, esperando que en lo sucesivo nos encontraremos en todo momento codo a codo en la lucha por la emancipación y la supremacía de los hombres de color sobre nuestros enemigos los blancos. Sigan adelante, compañeros. El Nuevo Poder va a hablarles.

Sorprendidos se miraron los recién llegados unos a otros. Aunque el saludo perifoneado que acababan de recibir no podía ser más cordial, la actitud de los soldados no correspondía al tono de la bienvenida.

-¡Sigan! ¡Sigan! -ordenaron los soldados empujando con los fusiles-. Vayan hacia allá, colóquense en fila...

Los cuarenta pasajeros del avión quedaron formando una sola fila como reclutas dispuestos a ser revistados. Una nueva voz brotó de los altavoces:

-Les habla el Nuevo Poder. Bienvenidos sean ustedes al Refugio de los Dioses. Ya que están ustedes aquí y aquí llegaron por su voluntad, me es grato hacer extensivo a todos ustedes el agradecimiento de quienes con fe plena en nuestra causa corriendo los primeros riesgos poniendo a contribución sus esfuerzos, su vida y en ocasiones su fortuna personal, para llegar a esta realidad de hoy que orgullosamente les mostramos. Nuestro movimiento liberador, nacido del rencor legítimo de una raza que se siente postergada, camina con paso triunfal hacia una victoria cierta. Aquello que nos propusimos, liberar al África de la presencia odiosa del explotador blanco, se ha conseguido o está en vías de lograrse totalmente. Reivindicar los derechos de nuestra raza, hacernos escuchar, temer y respetar, es tarea que recién iniciada debemos conseguir entre todos. Ustedes, los que han llegado hasta aquí, constituyen la nobleza del nuevo orden que comienza, hombres especializados en sus correspondientes materias, futuros maestros de nuestro pueblo sumido en la más ignominiosa de las ignorancias. África puede y debe ponerse a la cabeza del mundo dentro de este tercio de siglo en que vivimos. Tenemos los elementos que precisamos para comenzar, y estamos creando en la conciencia de nuestra raza la voluntad de alcanzar el triunfo. En la misión que se les encomendará a cada uno de ustedes, ustedes deberán poner el mayor empeño por cumplir en el deber que les corresponde. Todos nuestros esfuerzos reunidos, al cabo, deben desembocar en la consecución del mismo grandioso fin primordial: la emancipación de la raza negra, su grandeza presente y futura. ¡Por África, todos unidos y adelante! ¡Viva África!

Una marcha triunfal retumbó en los recovecos de la grandiosa gruta mientras los soldados y la numerosa gente que se encontraba en la gruta profería un salvaje aullido de: ¡¡¡Viva África!!!

* * *

Un joven negro de tez clara, sobre cuyo mono verde campeaba el águila que parecía representar a las Fuerzas Aéreas del «Nuevo Poder», acompañó a Guy Richey a través de un laberinto de pasadizos subterráneos hasta una habitación amoblada como despacho, excavada a pico en la roca e iluminada con luz eléctrica.

Detrás de una mesa de acero, un hombre de unos 40 años con el pelo plateado en las sienes, observó atentamente a Guy mientras éste entraba e iba a detenerse a dos pasos de distancia frente la mesa.

-¿Cómo se llama usted? -preguntó el negro que estaba tras la mesa.

-Guy Richey.

-¿Era piloto a reacción en las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos?

-Sí.

-¿Por qué vino aquí?

-Quería encontrar a mi padre y mi hermano.

-¿Nadie le dijo que viniera? ¿Nadie fue a usted directamente a sugerirle que podría encontrar aquí trabajo bien retribuido y un puesto seguro de gran porvenir?

-No.

El hombre hizo una seña al oficial que había escoltado a Guy hasta allí.

El oficial salió cerrando la puerta de maderas de persiana.

-Dígame, Richey. ¿Cuál fue su primera reacción cuando al entrar en la gruta vio nuestros «discóbolos»?

-¿Se refiere a los «platillos volantes»?

-Nosotros les llamamos «discóbolos» para abreviar.

-Francamente, me sentí muy sorprendido. Ni siquiera creía que realmente existieran hasta que los vi aquí.

-¿Le gustaría pilotar uno de nuestros aparatos? ¿Un «discóbolo»?

-Creo que me gustaría.

La puerta se abrió de nuevo y el oficial reapareció seguido de un joven delgado de estatura mediana y regulares facciones, el cual miró sorprendido a Guy exclamando:

-¡Richey!

El reconocimiento fue mutuo, como la sorpresa. Saúl Kinglet había sido un buen compañero de Guy en la Escuela de Vuelos.

-Saúl -exclamó Guy corriendo a estrechar la mano de su antiguo compañero de estudios.

Pero el oficial que acompañaba a Kinglet rechazó a Guy con un imperioso ademán.

El hombre que estaba detrás de la mesa preguntó a Kinglet si conocía al hombre que estaba ante él. Saúl contestó afirmativamente dando pelos y señales de cómo se conocieron, incluso la fecha en que ambos entraron juntos en la Escuela de Vuelos y volaron en un reactor por primera vez.

-Creo que con esto basta por ahora, señor Richey. Puede acompañar a su amigo Kinglet. Él seguramente encontrará para usted una litera en los dormitorios de nuestros aviadores.

Los dos amigos salieron juntos, esperando Kinglet hasta que estuvieron fuera del despacho para echar su brazo sobre los hombros de Guy y golpearle alegremente en la cara.

-Guy, muchacho. Tú eres la última persona que esperaba ver por aquí. ¿Cómo te dejaste atrapar por esta camarilla de locos y bandidos?

Guy miró sorprendido a Kinglet. Dos negros venían por el pasadizo en dirección contraria y el muchacho guardó silencio hasta que estuvieron lejos.

-Bueno, ya hablaremos de esto más despacio en otra ocasión.

La alegría de Kinglet de ver a Guy allí parecía haberse desplomado de pronto. Saúl llevó a Guy hasta una larga sala de techo abovedado como una ampliación de cualquiera de los numerosos túneles que perforaban la montaña en todos sentidos.

A un solo lado de esta sala, las literas de los aviadores formaban una larga fila. Los pilotos leían tumbados en los camastros o charlaban en corrillos. Algunos levantaron los ojos o volvieron la cabeza para mirar al novato, pero en general ninguno demostró demasiada curiosidad.

-Hay un par de literas libres en el rincón del fondo -dijo Kinglet-. Llevaré mis cosas allí y así estaremos juntos.

Apenas llevaba Guy diez minutos en el dormitorio cuando de un pequeño altavoz brotó una orden seca:

-Atención escuadrilla «Ele». Provéanse de sus equipos de vuelo para salir en misión dentro de una hora. En el término de treinta minutos deberán presentarse en la sala de reunión para recibir instrucciones.

Parte de los pilotos del dormitorio empezaron a ponerse con rapidez sus trajes de vuelo.

-¿No sales con ellos? -preguntó Guy a Kinglet.

-Mi escuadrilla es la «Ka». Volvimos la noche pasada después de cuarenta horas seguidas de servicio.

-¿Quieres decir que has estado cuarenta horas volando sin interrupción?

-Sí. Aunque claro está, llevaba conmigo otro piloto de relevo.

-¿Que hacéis cuando salís en uno de esos vuelos tan largos?

-En el de ayer dimos una pasada sobre las estepas de la Manchuria sembrando el aire de bacterias contra el ganado. ¡Pobres pastores nómadas de Manchuria! En un par de semanas sus ovejas y sus caballos enfermarán y morirán sin que ellos puedan hacer nada para evitarlo.

-Así pues, ¿sois vosotros con vuestros «platillos volantes» quienes sembráis el aire con nubes de bacterias nocivas para el ganado y las plantas?

-Naturalmente, Guy, nosotros lo hacemos. Para que el «nuevo orden» triunfe sobre las naciones blancas, tenemos que destruir a los blancos primero. Entonces, cuando el último blanco haya muerto de inanición, los negros seremos los más fuertes y poderosos del planeta, porque seremos los únicos que queden sobre la faz de la Tierra. ¿No es un plan digno del genio que nos dirige, Guy? -terminó preguntando Kinglet con acento lleno de sarcasmo y amargura.

Kinglet no se había cuidado de hablar tan bajo para que los pilotos que se movían a su alrededor no lo escucharan. Los aviadores guardaron silencio.

Solamente uno de ellos, un joven robusto de gruesos labios y nariz aplastada soltó un gruñido mientras miraba torvamente a Kinglet.

-¿Que te ocurre, Johnson? -dijo Kinglet-. ¿No te gusta lo que acabo de decir?

Johnson rehuyó mirar de frente a Kinglet, metió la cabeza entre los hombros y salió el primero del dormitorio.

Uno de los aviadores dijo a Kinglet:

-Saúl, te estás jugando el tipo por darle gusto a la lengua. Un día de éstos nos dirán que han visto tus restos sirviendo de pasto a los cocodrilos, y nadie se extrañará. Ese Johnson es un maldito chivato. Deberías saberlo y cuidarte de no hablar delante de él.

-Ni delante de nadie, ¡qué caramba! -refunfuñó otro de los aviadores que se disponía a salir-. Con tus ideas nos comprometes a todos.

Los pilotos, ya con sus trajes de vuelo, empezaron a salir casi todos.

-Saúl, ¿es posible que tu vida corra peligro por el solo hecho de haber expresado libremente una opinión? -preguntó Guy intranquilo.

Kinglet contestó:

-Si quieres seguir el consejo de un amigo, nunca expreses tu libre opinión mientras estés aquí. Nadie puede criticar al «Nuevo Poder» sin exponerse a que le lleven ante un piquete de fusilamiento.

-¿Pero quién es ese «Poder»?

-Te lo diré en una sola palabra, Guy. Un loco.

-¿Es que no tiene nombre?

-Sólo sus más íntimos colaboradores conocen su verdadero nombre. Para los demás que nunca le hemos visto, es el «Nuevo Poder», o más sencillo, el Jefe. Es un pobre maniático obsesionado por la idea de dominar al mundo con los «discóbolos» de su invención, para lo cual pone como pretexto esta especie de guerra santa de la raza negra contra los blancos. Sin embargo, de ser ciertos los rumores que circulan por ahí en voz baja, él ni siquiera es negro.

-Dime una cosa, Saúl. Si no crees en esa «guerra santa» de negros contra blancos, ¿por qué estás aquí?

-Porque no me permiten marchar, Guy, solamente por eso.

-Sin embargo, nadie te impide desertar con tu «platillo volante» cuando estés realizando uno de esos largos vuelos sobre Europa o los Estados Unidos. ¿No es así?

Kinglet contempló a su amigo con expresión conmiserativa.

-No, nadie me lo impide. Sólo que si hiciera eso, mi mujer y mi hijito serían decapitados, y sus cuerpos descuartizados y arrojados como pasto a los cocodrilos.

-¡Saúl! ¿Están aquí contigo tu mujer y tu niño?

-Sí. Y como yo, todos los que pilotamos «discóbolos» tenemos en la base algún familiar sirviendo de rehén para impedir que ninguno deserte. Con frecuencia también, estos rehenes sufren las consecuencias por nuestros errores. Por ejemplo, hace cosa de un mes fueron ajusticiados los hermanos de un piloto llamado Sterling que no regresó de un vuelo sobre los Estados Unidos.

-¡Dios mío, no! -exclamó Guy roncamente recordando que aquél era el nombre del piloto que él había derribado con su «platillo volante» sobre la Base Larson.

-Sin embargo -continuó Saúl- se tenía información en el sentido de que Sterling no desertó, sino que fue derribado por un caza americano. Tú mismo, si te confían un «platillo volante», verás pronto aparecer por aquí a tu padre o a tu mujer si eres casado. Los mandan llamar con cualquier pretexto, y una vez aquí ya te tienen cogido por el cuello para siempre.

Guy guardó pensativo y aterrado silencio.

-Saúl -dijo finalmente-. Mi padre y mi hermano están aquí.

-¿De veras? Pobre amigo mío, te compadezco -murmuró Kinglet mirándole con lástima. Y sacudió la cabeza.

De pronto, un silencio súbito se hizo en el dormitorio. Los pilotos habían enmudecido y todos los ojos se hallaban vueltos hacia la puerta, donde acababa de aparecer un oficial seguido de dos soldados armados de metralletas.

-Señor Kinglet, venga usted -dijo el oficial con voz fuerte y seca haciendo un imperioso ademán.

Saúl Kinglet palideció. De un solo vistazo, Guy advirtió el temblor de los restantes pilotos.

Kinglet hizo una mueca al dirigirse a su amigo:

-Ésta es otra de las fastidiosas costumbres de estos individuos. Aquí no hay grados. Uno es solamente el «señor» Kinglet a secas, pero incluso el «señor» puede perderlo uno rápidamente para convertirse en el «cadáver» Kinglet. ¿No es así, señor Garfield?

Garfield, es decir, el oficial que esperaba con los soldados, dijo impaciente:

-Ya ha dicho usted tantas tonterías como quiso, Kinglet. Sígame ahora.

Saúl Kinglet tendió la mano a Guy. Dijo rápidamente:

-Saúl se despide de ti, Guy. Si no volvemos a vernos... ¡buena suerte!

-¡Kinglet! -exclamó Guy sorprendido.

Pero su amigo cruzaba ya el dormitorio hacia la puerta y salió detrás de Garfield seguido de los soldados armados de metralletas.

Guy se volvió mirando horrorizado a los pilotos que permanecían inmóviles y silenciosos.

-¿Creen de veras que puede sucederle algo malo a Saúl?

-Ha estado hablando demasiado últimamente -repuso uno de los pilotos sombríamente.

CAPÍTULO VII

Saúl Kinglet no regresó. Por espacio de dos semanas, mientras recibía instrucción diaria con otros pilotos negros sobre la teoría de vuelo de los «platillos volantes», Guy Richey alentaba todavía la esperanza de que Kinglet hubiese sido castigado a pasar una temporada a pan y agua en alguna oscura mazmorra.

Transcurridos quince días empezaron a circular rumores en el sentido de que Kinglet había sido decapitado, y finalmente su ejecución se dio por cierta entre sus compañeros.

Johnson, a quien unánimemente se consideraba delator de Kinglet, fue cambiado de escuadrilla y de dormitorio.

Durante aquellos días, alternando con las clases de teórica, Guy asistía con el resto de los pilotos a las lecciones de política dadas por un equipo de negros cuyo rasgo más característico era su fanatismo y su irreconciliable odio a los blancos.

Durante aquellas clases, el personal de la base escuchaba también grabaciones magnetofónicas tomadas de las emisoras de la radio de Londres, París, Moscú y La Voz de América, dando cuenta de las dramáticas luchas que se libraban en la Unión Sudafricana entre negros y blancos.

Puesto que la tenencia de receptores de radio estaba rigurosamente prohibida y castigada en el «Refugio de los Dioses», era de suponer que en aquellas grabaciones se habían practicado hábiles cortes con el propósito de desfigurar la verdad y hacer aparecer solamente las victorias de los negros.

Guy no había conseguido todavía ver a su padre ni a su hermano.

Tampoco había vuelto a ver a María Winters, aunque le constaba que la muchacha y su padre se encontraban en la base.

Por lo que Guy pudo saber, el «Refugio de los Dioses» perforaba la montaña hasta una especie de profundo valle encerrado entre altos acantilados situado detrás, en donde había un poblado. En este poblado vivían las familias de los pilotos además de otros personajes notables como el profesor Winters, y probablemente el propio padre de Guy.

Un sábado, por fin, Guy fue autorizado a unirse a sus compañeros que iban a visitar sus familias.

El túnel, todo él excavado en la peña viva, tenía dos kilómetros de longitud desde la gruta al poblado. Un pequeño tren de vagonetas, enganchado a una máquina eléctrica que funcionaba sin cables ni trole, circulaba por este túnel angosto en el que sólo muy de trecho en trecho brillaba algún foco eléctrico.

Aquel viaje constituyó una inolvidable experiencia para Guy, pues entre otras cosas sirvió para que pudiera formarse una idea cabal del

verdadero valor estratégico de la base.

Al salir el tren del túnel a la luz del día, Guy se vio de pronto en una especie de pozo cuyas paredes acantiladas subían cortadas a pico hasta más de 300 metros de altura sobre su cabeza. Ningún ser humano habría sido capaz de escalar por sí solo aquellas abruptas paredes sin ayuda exterior.

Aunque el pozo no tendría menos de 200 metros de diámetro utilizable en su fondo, la extraordinaria altura de las paredes hacía parecer a éste más angosto que lo que era en realidad.

A gran altura, desde los intersticios de las rocas se despeñaban pequeñas cascadas y chorros de agua entre los muros cubiertos de musgo. Puesto que el sol jamás llegaba al fondo de aquel pozo, la vegetación que envolvía al poblado era de una exhuberancia extraordinaria y un verde puro intenso.

El poblado era de barracas de paja, la mayoría de ellas alzadas sobre zancos para preservar a sus habitantes de la humedad que rezumaba del suelo por todas partes. Pero además de las chozas se veía gran número de cuevas excavadas en la peña de los muros, algunas dispuestas a estilo troglodita, con largas escaleras de troncos para llegar a ellas.

Más alto todavía, se veían sobre el roqueño y liso acantilado de uno de los lados unos balcones o terrazas voladizas que uno de los pilotos llamado Sloane señaló a Guy diciendo:

-Allí arriba está el nido del «Nuevo Poder». Aquél es el balcón de sus habitaciones particulares, según dicen.

Una fuerte verja de hierro electrificada defendía la salida del túnel al poblado. Al otro lado de la verja y los soldados armados que paseaban por el lado de acá de ella, un gran número de mujeres y niños esperaba a los pilotos.

También había algunos hombres. Guy reconoció entre ellos a su padre.

En efecto, Guy había utilizado los buenos servicios de algunos compañeros en visitas anteriores al poblado, para que llevaran a su padre una carta donde le anunciaba su presencia en la base.

El viejo Richey abrazó con fuerza a su hijo mientras murmuraba:

-¡Loco! ¿Cómo se te ocurrió venir a este infierno?

-¿Y Adam?

-Tu hermano no está aquí. Estuvimos juntos un par de semanas. Luego lo llevaron a un poblado indígena del interior donde hacía falta un médico.

Los dos hombres habían echado a andar paseando entre los árboles envueltos en semipenumbra verde. Casi hacía frío allí. Guy sintió erizársele la piel.

-No debe ser muy divertido vivir en esta aldea, con esos paredones levantándose sobre la cabeza de uno como si fueran los muros de una cárcel.

-En muchos aspectos, esto es peor que una cárcel. Doy gracias a Dios porque Adam no esté aquí. Y me sentiría mucho más tranquilo si tú no hubieras venido. Guy, ¿vas a tripular uno de esos platillos volantes?

-Me instruyo para ello.

-No lo hagas, hijo. Si no podemos evitar que otros lleven a cabo ese crimen, no nos hagamos partícipes de él.

-¿Te refieres a esa siembra de bacterias que están haciendo los «platillos volantes»?

-¿Luego lo sabes?

-Claro. Lo supe antes de venir aquí.

-Pero seguramente te negarías a creerlo.

-No. Lo creí.

-Hijo, no te comprendo. ¿Sabías que los «platillos volantes» causaban esa epidemia que destruye las cosechas y mata a los animales, y viniste a pesar de todo? -exclamó el doctor sorprendido.

Guy inclinó la cabeza, avergonzado.

-Sin aprobar del todo lo que estaban haciendo esas máquinas, me parecía que los medios estaban justificados en cierto modo por los fines que perseguían.

-Guy, no hay nada que justifique el crimen de los locos que nos acaudillan. Piensa que si hoy se limitan a desencadenar una peste entre los ganados, mañana pueden sembrar el cielo de otras bacterias que ataquen a las personas y aniquilen a media humanidad. Bueno, en realidad hay indicios de que así se proponen hacerlo en un futuro próximo.

-¡Papá! -exclamó Guy horrorizado-. ¿Es posible que sea cierto lo que supones?

-Estamos en mano de un loco maniático, Guy. Y en el fondo, a ese loco le importa poco el triunfo de la raza negra, su emancipación, toda la pompa estrepitosa de su propaganda con la cual nos ha engañado. Nos escogió a los negros para realizar su venganza personal, como habría podido escoger a los chinos o cualquier otra raza que guarde algún resentimiento contra la raza dominante blanca. Al fin y al cabo, él no es negro ni blanco ni amarillo. Creo que es un maldito mestizo de indio americano.

-Entonces debe tratarse del propio Marysvale.

El doctor se detuvo, volviéndose con vivacidad hacia su hijo.

-¿Es que le conoces acaso?

-Me hablaron de él -repuso Guy. Y contó a su padre la conversación que había sostenido con el coronel Edmeston, en Washington, horas antes de embarcarse rumbo a África.

-Es el hombre, no cabe duda -dijo el doctor-. Sólo le he visto una vez que me llamaron para asistirle de cierta infección intestinal.

El paseo alrededor del poblado continuó en silencio un buen rato, hasta

que encontrándose en un paraje solitario, al pie del paredón de roca, el doctor Richey dijo después de mirar a su alrededor:

-Guy, es preciso que así tengas la primera oportunidad escapes de aquí y regreses a los Estados Unidos. El mundo debe conocer el peligro que le amenaza a fin de que pueda defenderse de él.

-¿Me estás proponiendo que deserte, padre?

-Por Dios, Guy, quítate de la cabeza la absurda idea de que defiendes el partido de los negros. Los africanos, aun sin Marysvale, conseguirán su emancipación. Ya la han conseguido de hecho, incluso sin la ayuda de Marysvale. Pero si este loco continúa haciendo de las suyas, la noble causa de nuestra raza perecerá en el apocalipsis de una guerra total. El mundo, así sepa que los «platillos volantes» operan desde África a título de fuerzas aéreas de los africanos, se revolverá contra nosotros en justa cólera. ¿Y qué crees que sucederá entonces, Guy? Americanos, rusos, ingleses... todos vendrán contra el África negra con sus bombas atómicas, ¿y por qué no? También en represalia con su ofensiva bacteriológica que puede destruirnos a todos, lo mismo a negros que a blancos y amarillos. ¿Podemos consentir nosotros que tales causas ocurran por culpa de un solo hombre medio loco?

Guy Richey guardó impresionado silencio.

-Guy -dijo el doctor Richey-. Tienes que prometerme que aprovecharás la primera ocasión que se presente para escapar y denunciar estos hechos a tus jefes, y quiero que me prometas que lo harás incluso con riesgo de tu propia vida.

-Lo haría a riesgo de mi vida, pero nunca a costa de la tuya y la de mi hermano.

-¿Qué quieres decir?

-Que si yo me escapara en un «platillo volante», apenas se supiera, Marysvale os haría decapitar a ti y a Adam.

El doctor calló, reflexionando. Luego dijo entre dientes apretando los puños:

-¡Ah! Ahora comprendo la jugada de ese asesino. De todos modos, Guy, tienes que intentarlo. Es tu deber para con la humanidad. No sólo para con los negros y los blancos, sino para todo el mundo.

-¿Y si después de todo exageras, y no existiera tal peligro de que Marysvale se proponga exterminar a la humanidad desencadenando una guerra bacteriológica contra el mundo?

-Aun sin eso, ya es bastante grave que esté destruyendo la riqueza agrícola y ganadera de los blancos. De todos modos, Guy, lo intentarás.

Guy no prometió nada.

-Vamos a dar una vuelta por la aldea -propuso después.

La aldea en realidad no tenía mucho que ofrecer a la curiosidad de los visitantes. No había en ella ni una tienda, ni un bar, ni un cine, ni otra cosa

que pudiera servir de distracción.

La gente paseaba. Se veían parejas formadas por pilotos de «platillos volantes» con sus mujeres.

Casi de manos a boca, Guy se tropezó con María Winters que venía paseando cogida del brazo de su padre. Se detuvieron. Guy presentó a su padre a los Winters, pero el doctor ya conocía al profesor. Le había asistido un par de veces en las últimas semanas. También conocía a la muchacha.

Al reanudarse el paseo, los dos viejos lo hicieron delante mientras María y Guy les seguían un poco rezagados hacia las afueras de la aldea.

-Ya casi desesperaba de volver a verla -dijo Guy-. ¿Cómo le va? Apuesto a que se aburre mucho.

-No me queda demasiado tiempo para llegar a aburrirme. Trabajo, y cuando estoy en la cueva con papá, leo.

-¿Viven ustedes en una de esas cuevas, eh? Bueno, ¿y en qué trabajo la han empleado?

-Trabajos de laboratorio.

-¿Tenemos laboratorio aquí? ¡Ah, claro! Me había olvidado de esas condenadas bacterias. Apuesto a que son ustedes quienes las fabrican.

-Las bacterias no se «fabrican». Se cultivan.

-Sí, claro. Las meten en tubos de ensayo, les echan comida y manipulan con ellas como si fueran animalitos... He leído algo de eso en alguna parte.

María Winters guardó silencio mientras se cruzaban con dos parejas de hombres y mujeres que paseaban en dirección contraria. Caminaban uno al lado del otro por entre la frondosa vegetación. De pronto, ella puso su mano sobre el brazo de él y murmuró:

-Señor Richey, estoy asustada.

Guy la miró sorprendido. La mano que se apoyaba en su brazo temblaba, y había verdadero pánico en las verdes y hermosas pupilas de ella.

-María, ¿qué le ocurre?

-Usted no dirá nada de esto a nadie, Guy. Me va en ello la vida.

-Bueno, pues si de ello depende algo tan precioso como su vida, no me diga nada.

-No. Yo sé que usted me guardará el secreto... y necesito confiárselo a alguien. Ni siquiera a papá se lo he dicho.

-Está bien, María. ¿Qué le ocurre? ¿La amenaza algún peligro?

-¡Oh, no es a mí a quien amenaza ese peligro! -protestó la muchacha hablando con un susurro-. Se trata de esas bacterias. He sabido que guardamos en el sótano bacterias suficientes como para aniquilar a toda la humanidad si, digamos por un descuido o un accidente, escaparan de los tubos de cultivo y se esparcieran por el aire. ¿Por qué están esas bacterias allí, Richey? Eso es lo que me asusta.

Guy también sintió que se asustaba. Sin embargo, trató de disimularlo palmeando afectuosamente en la mano de la chica que se apoyaba en su brazo mientras decía:

-Bueno, no hay razón para que tal accidente ocurra, ¿verdad? Supongo que ustedes, los del laboratorio, habrán tomado sus precauciones para que esas condenadas bacterias no se escapen...

-Guy, usted no me entiende. Lo que me preocupa es que los jefes de esta organización tengan esos cultivos allí con la idea de utilizar las bacterias contra las personas como vienen haciéndolo ahora contra el ganado y las plantas.

-¿Hay alguna razón que se lo haga temer?

-He preguntado y he recibido respuestas oscuras... como veladas amenazas. Nada que afirme que, efectivamente, vamos a utilizar esas bacterias contra los blancos, aunque tampoco una respuesta rotundamente negativa. ¡Dios mío, Guy, estoy verdaderamente aterrada!

En los ámbitos del angosto pozo resonó en este momento el toque de una sirena. Era la señal para que los visitantes salieran de la aldea yendo a reunirse junto a la verja electrificada que daba acceso al túnel.

-María, si vuelvo por aquí el sábado próximo, ¿podré verla? -preguntó Guy cogiendo la mano de la chica.

Había ansiedad en la voz de Guy, en sus ojos, en toda su actitud. María Winters sonrió con tristeza.

-No hay nada que impida que nos veamos otra vez y otras muchas veces, Richey. Pero se lo prevengo, nunca podremos ser otra cosa que un par de buenos amigos.

Guy sintió que enrojecía al verse descubierto.

-¿Por qué dice eso, María? -balbuceó.

-Temo que se haya agotado en mí la capacidad de amar, eso es todo.

-Tal vez hable así animada por algún reciente desengaño. ¿Es eso, señorita Winters?

Esta vez le correspondió a ella ruborizarse.

-Usted me preguntó cierta vez si había alguna razón para que yo abandonara el empleo que tenía en Nueva York y me viniera a África... Pues bueno, sí había una razón. El hijo del dueño de la empresa donde yo trabajaba era un muchacho joven. Nos enamoramos. Él estaba dispuesto a casarse conmigo... hasta que su padre se enteró. Mi patrón no quiso siquiera oír hablar de una boda tan desigual entre su hijo y una muchacha negra como yo. Esto no podía sorprenderme. Lo que verdaderamente constituyó un golpe para mí fue que mi novio acatara sin rebelarse la orden de ruptura de su papá. Ni siquiera tuvo el valor de venir a decirme personalmente que daba por concluidas nuestras relaciones. Lo único que hicieron fue despedirme... así, sin ninguna otra explicación. Usted no

comprenderá jamás hasta qué punto me sentí humillada, burlada y chasqueada. Ahora, Guy, quiero que haga un esfuerzo por comprenderme. Nunca volveré a querer a nadie como quise aquella vez. Mi entrega al hombre que me pretendiera nunca sería completa. Jamás podrá nadie matar la desconfianza, el escepticismo que hay en mí.

-Seguramente exagera usted, María -protestó Guy-. Y me gustaría demostrarle que está equivocada... si se dejara querer.

-Es que no quiero volver a querer a ningún hombre, Guy. Eso es lo que ocurre.

El señor Richey volvía acompañando al profesor Winters.

-Guy, ha sonado la señal para que regreses a tu base -dijo el doctor.

Guy estrechó la mano al profesor Winters y al doctor. Luego, dirigiendo una rápida y adolorida mirada sobre la señorita Winters, se alejó del grupo regresando apresuradamente hacia el túnel que comunicaba el poblado con la gruta-base de los «platillos volantes».

CAPÍTULO VIII

A mediados de aquella semana, inesperadamente, Guy Richey fue autorizado a volar en un «discóbolo» acompañado del instructor.

El instructor en este caso se trataba de Jim Robisons, al cual se consideraba como el piloto más veterano y el primero que había volado uno de aquellos extraños aparatos.

Robisons, un negro norteamericano alto y taciturno, había pertenecido con anterioridad a la fuerza de reactores de la Marina de Guerra de los Estados Unidos. Sus compañeros, que habían sido todos sus alumnos, contaban extrañas cosas de él, y una de las versiones más extendidas sobre su historia se refería a cierta muerte que cometió después de sorprender a un oficial superior blanco de su misma escuadrilla en compañía de su mujer, que era blanca.

Antes de subir al aparato, Jim se cercioró de que el equipo de vuelo de su alumno estaba completo: traje «G», ropa y botas de abrigo, casco y máscara de oxígeno.

-Me falta sólo el paracaídas -observó el propio Guy-. Me dijeron que no hacía falta. Que no lo necesitaba.

-Vuelva al almacén y que le den un paracaídas. ¿Qué se ha creído esa gente? Sólo vamos a realizar un vuelo de entrenamiento.

Cuando Guy regresó con el paracaídas y se anunció dispuesto, Jim le invitó a subir en uno de los «platillos volantes» que estaba posado sobre su tren de aterrizaje triciclo.

La cabina de un «platillo volante», en forma de herradura, se había proyectado para un piloto y un copiloto, quedando atrás un asiento estrecho en forma de banqueta, susceptible de llevar a dos pasajeros aunque un poco incómodos.

Sentado junto a Robisons y conectados el tubo del oxígeno y el teléfono interior, Guy se sintió hasta cierto punto convertido en un astronauta en razón de su hermética escafandra y el extraño vehículo que tripulaba.

Sólo un zumbido a la espalda de los pilotos se escuchó al empezar a girar las hélices impulsoras. La cubierta de cristal azulado cayó sobre la cabeza de los tripulantes y cerró herméticamente con un chasquido mientras el aparato se deslizaba con suavidad sobre su tren de aterrizaje saliendo de la gruta a la luz del sol. El sol, al atravesar la cubierta transparente de la cabina, envolvía a los tripulantes en un irreal y atenuado resplandor azul proveniente del color del cristal. Jim maniobró colocando el aparato en posición de despegar, pues un «platillo volante», en contra de lo que la gente creía, no podía despegar y aterrizar verticalmente, aunque gracias a sus rotores podía hacerlo en un espacio muy reducido.

Robisons puso en marcha los rotores, empujó a tope la palanca

reguladora, y la máquina echó a correr por la pista elevándose en un ángulo muy abierto, casi verticalmente. No se experimentaba a bordo ruido alguno ni vibración.

A medida que ascendían sobre el angosto valle con rapidez, Guy sentía más y más admiración por la máquina portentosa que tripulaba. Al expresarse en términos elogiosos para el aparato, Jim respondió:

-Quizás lo más maravilloso de esta máquina sea su sencillez, lo cual le convierte en un aparato sumamente seguro, fácil de construir, y de una extraordinaria duración en servicio. Dentro de la aeronáutica, el «platillo volante» viene a ser el huevo de Colón. Cualquiera podría construirlo, e incluso mejorarlo, a condición de disponer de un sistema de captación de ondas energéticas como el que tenemos nosotros. En eso reside el verdadero mérito del aparato.

-Respecto a esas ondas de energía, ¿las hay en todo el mundo? ¿Se puede volar a cualquier altura y a cualquier distancia en la seguridad de que siempre nos alcanzarán esas ondas allá donde vayamos?

-Tenemos emisoras de energía eléctrica esparcidas por todo el mundo, y las tenemos a pares para mayor seguridad. No se necesita gran aparato para montar una de esas emisoras. Lo único que se necesita es una fuente de suministro continua.

-Así, pues, en realidad, dependemos para nuestra seguridad en vuelo de las emisoras situadas en tierra en campo del enemigo. ¿Qué ocurriría, por ejemplo, si volando sobre los Estados Unidos fallaran una tras otras las emisoras que tenemos allí?

-Pues ocurriría sencillamente que nuestros fantásticos «platillos volantes» se vendrían al suelo tan pesadamente como ruedas de molino. A diferencia de las ondas hertzianas, que pueden ser captadas con poca pérdida de potencia en todo el mundo, las ondas de energía tienen un alcance muy limitado. Eso nos obliga en nuestros vuelos a seguir determinadas rutas para evitar las zonas que nosotros llamamos «de vacío», zonas donde la baja frecuencia de las ondas energéticas no basta para sustentar un aparato.

-Así, pues, la vulnerabilidad de los «discóbolos» no está en ellos mismos, sino en su dependencia de las centrales suministradoras situadas en tierra.

-Justamente, así es. Lo que no deja de ser un fastidio. Uno no deja de preguntarse mientras vuela sobre el Pacífico, pongamos por ejemplo, cuándo fallará la emisora de aquella zona y nos precipitará al agua de cabeza.

-¿Es cierto que nunca llevan ustedes paracaídas cuando salen en alguna misión larga?

-No nos permiten llevar paracaídas si salimos en misión fuera de

África, De este modo, si algo falla a bordo y nos precipitamos a tierra, nos estrellamos en compañía del aparato. -la voz de Robisons sonaba hastiada en los audífonos de Guy. Luego volvió a animarse al decir-: Mire el altímetro, Richey. Nos encontramos a veinte mil metros de altura y seguimos subiendo. La zona donde entramos ahora es del exclusivo dominio de los «platillos volantes». Somos invulnerables aquí arriba.

El aparato, en efecto, seguía subiendo como si nunca fuera a parar. Más arriba de los 20.000 metros el cielo empezó a hacerse oscuro.

-El aire aquí es demasiado pobre en oxígeno para los motores de gasolina de los aviones corrientes -dijo Robisons-. Pero nuestros motores eléctricos no necesitan oxígeno, y hay todavía bastante aire para que nuestras hélices y rotores se apoyen en él.

Guy guardó impresionado silencio. A través de la cubierta de cristal azul vio sobre su cabeza el titilar de las estrellas con pleno sol sobre un cielo negro. La máquina seguía ascendiendo incansablemente y sin esfuerzo.

-El mundo, inerme, a nuestros pies. ¿Es eso lo que está pensando, Richey? -preguntó Robisons por los auriculares después de largo silencio.

-Sí -repuso Guy sorprendiéndose de la agudeza de su compañero.

Robisons suspiró y dijo:

-La verdad es que con unas cuantas bombas atómicas que tuviéramos, nadie podría impedirnos que redujéramos el mundo a cenizas.

Guy esperó un poco antes de decir:

-Bueno, no tenemos bombas atómicas, pero tenemos bacterias. Bacterias para destruir las cosechas de los blancos, para aniquilar los ganados de los blancos... y también para matar a los propios blancos. -Guy esperó por si Robisons tenía algo que decir, mas como éste quedara en silencio prosiguió-: Algún día, Robisons, el jefe nos ordenará cargar los «platillos volantes» con bombas de cristal conteniendo millones de bacterias que desencadenarán horribles epidemias en Europa y América. Puesto que usted es uno de nuestros pilotos mejor calificados, usted probablemente será escogido entre todos para llevar a cabo esa misión de exterminio. Ése será un gran día para el jefe. ¿Lo será también para usted?

-¡Odio a los blancos! -rugió la voz del piloto en los auriculares de Richey-. ¡Odio a los blancos y me importa un rábano su exterminio! Si ese día llega, no crea que vaya a temblarme la mano al soltar los frascos de cristal. No. ¿Por qué había de temblarme?

-Usted no siente lo que dice, Robisons. Odia a los blancos, es cierto. Como todos los negros, guarda contra ellos su propio y personal resentimiento pero una cosa es decir que le gustaría verlos desaparecer de la faz de la tierra, y otra muy distinta ejecutar por su propia mano esa sentencia. Cuando habla contra los blancos, usted evoca solamente la

persona de aquéllos que le causaron un daño directo. Seguro que no se acuerda de los millones de mujeres y de niños inocentes, también inmolados en su ciega y cruel venganza.

Robisons guardó largo, enfurruñado silencio. Transcurrido un rato habló y dijo:

-¿De dónde ha sacado usted que el jefe se proponga exterminar a los blancos empleando contra ellos bacterias como contra el ganado?

-Es un rumor que he recogido en alguna parte, no puedo decirle dónde.

Robisons se inclinó para mirar el altímetro.

-Cuarenta mil metros -anunció-. Desde luego, no es posible que el jefe planee una hecatombe de ese género. Está loco, aunque no tanto para llegar a eso. La reacción de los blancos sería muy violenta... ¡No es posible que ocurra tal cosa!

Guy supo entonces que había conseguido preocupar a Robisons, despertando en él la conciencia del daño que podía llegar a causar en un momento de ceguera inspirada por su odio a los blancos.

El «platillo volante» seguía subiendo, ahora con mayor lentitud y dificultad. A una orden del piloto, Guy tomó los mandos efectuando algunas maniobras. El manejo de un «platillo volante» era bastante complicado y exigía gran práctica de sus tripulantes.

-Volvamos a la base -gruñó Robisons después de un rato.

Mientras descendían, Guy observaba el terreno bajo sus pies tratando de localizar el angosto valle donde estaba el «Refugio de los Dioses». Siguiendo el curso de un caudaloso río, divisó allá abajo una bruma que se extendía varios kilómetros y alcanzaba varios centenares de metros de altura.

-¿Qué es aquello? -preguntó Guy señalando la nube que ocultaba por completo el paisaje.

-Siempre que tenga que regresar a la base, esa bruma permanente será su mejor punto de referencia. La bruma es producida por una caída de agua de unos trescientos setenta metros de altura, que forma la cascada del Kafue, donde este río une sus aguas a las del Zambeze. Siguiendo el curso del Kafue hacia arriba, encontrará el estrecho valle donde tenemos la base. Esta región, inexplorada hasta que nosotros llegamos aquí, es conocida por las tribus salvajes de África como «El refugio de los Dioses». Una antigua leyenda supone refugiados aquí a todos los dioses africanos que huyeron de la invasión de los blancos. El salto lo utilizamos para mover las turbinas que generan energía eléctrica para nuestra emisora.

Demostrando prácticamente cómo debería obrar un piloto que tratara de encontrar la base secreta, Robisons llevó su aparato río arriba hasta un valle largo y estrecho, versión reducida del «Gran Cañón del Colorado» en los Estados Unidos.

Robisons pidió permiso por radio a la base para aterrizar. Concedido éste, cortó la comunicación y dijo a Guy:

-Respecto a esos rumores, me gustaría que usted tratara de averiguar algo más concreto. Si vamos a aniquilar a los blancos, al menos quisiera saber lo que hago.

-¿Cómo reaccionaría usted en el supuesto que mañana mismo nos ordenaran salir para sembrar el aire de los Estados Unidos de bacterias nocivas para las personas? ¿Qué haría? ¿Se negaría a tomar parte en ese asesinato de masas? ¿Obedecería ciegamente excusando su conciencia en la orden que había recibido?

-No sé lo que haría, Richey -murmuró el piloto moviendo la cabeza-. ¡Ojalá nunca tenga que enfrentarme con una orden de esa clase!

El «platillo volante» desplegó su tren de aterrizaje posándose con suavidad en la pista de cemento pintada de color verde. Luego, la máquina rodó lentamente empujada por sus hélices traseras para embocar la entrada de la gruta y pasar del deslumbrante sol a la artificiosa luz de los focos eléctricos.

Poco después, al dirigirse Guy al almacén para devolver su paracaídas, oyó que alguien le llamaba por su nombre:

-¡Guy Richey!

Se volvió. Ante él estaba un joven alto y delgado que vestía un «mono» verde oliva presentando sobre el bolsillo del pecho el emblema de los especialistas de transmisiones, dos rayos cruzados.

-¿Will Jeffers? -exclamó Guy alegremente sorprendido al reconocer al hijo del viejo Jeffers, viejo compañero suyo de la infancia.

Se abrazaron riendo dándose mutuas palmadas en la espalda.

-Guy, condenación, ¿desde cuándo estás aquí?

-Desde hace tres semanas.

-¡Y yo sin enterarme siquiera! Bien es cierto que raramente bajo por aquí. Mi puesto está arriba, en esa cueva de los telegrafistas que domina el valle y la entrada a la gruta desde el acantilado. ¡Demonio, Guy, cuánto me alegro de verte! ¿Hace mucho que dejaste Nueva York?

Will Jeffers estaba ansioso por conocer noticias de su padre y su madre.

-Si no tienes otra cosa que hacer, vas a venir conmigo arriba y allí hablamos a nuestras anchas. Mi guardia comienza dentro de diez minutos, pero excepto cuando los aparatos entran y salen de la base no tengo mucho que hacer.

Guy no tenía nada que hacer en las dos horas próximas hasta la lección de «política» y acompañó gustoso a su viejo amigo. Hasta entonces era muy poco lo que Guy había visto de la base. Will, por el contrario, la había recorrido toda excepto aquellos lugares donde sólo la guardia de «Corps» del «Nuevo Poder» y los íntimos del jefe tenían acceso.

Un ascensor empotrado en un pozo horadado en la roca llevó a Will Jeffers y a Guy Richey hasta un laberinto de pasadizos superiores, algunos de los cuales recibían luz directa por agujeros que a modo de ventanas daban directamente sobre el río. La cueva de los telegrafistas estaba al final de uno de estos pasadizos y tenía un balcón sobre la pista de aterrizaje y la entrada de la gruta.

La misma cueva servía de puesto fiscalizador de los operarios de «radar».

Algo que sorprendió mucho a Guy, fue saber del disgusto que su amigo sentía por la forma en que se estaban desarrollando los acontecimientos.

Como radiotelegrafista, Will era uno de los contados hombres que en el «Refugio de los Dioses» podía escuchar las noticias de la radio extranjera mientras cumplía un servicio. Así supo Guy que los Estados Unidos tenían sus ojos puestos en África, recelando que era de este continente de donde procedían los «platillos volantes».

-La verdad es que estamos llevando las cosas demasiado lejos. Un día cualquiera de éstos veremos a los bombarderos de chorro de los Estados Unidos haciéndonos una visita por sorpresa para largarnos una bomba atómica que mande todo esto a paseo. ¿A qué ensañarse de este modo con los norteamericanos, vamos a ver? ¿Es posible que alguien crea aquí que los norteamericanos, como asimismo los rusos y el resto de los países occidentales, se van a dejar morir de hambre sin buscar el modo de salvar la vida? ¿No estarían mejor empleados nuestros «platillos volantes» ayudando a los negros sudafricanos en su desigual lucha contra los tanques y la aviación de los blancos?

Guy supo, por medio de Will, que el descontento era general entre los hombres de la base. Entre los negros norteamericanos, en especial, sus simpatías por la causa de la raza chocaban con su amor a la patria perjudicada.

Will Jeffers, como el doctor Richey, el profesor Winters, el infortunado Saúl Kinglet, el propio Guy y tantos otros, habían arribado a África después de renunciar a una vida cómoda, atraídos por el alto idealismo que les hacía solidarios con la idea de un estado negro libre y económicamente fuerte.

Sólo al llegar al «Refugio de los Dioses» y convivir con los que desde allí dirigían la campaña de revueltas contra los blancos, se daban cuenta estos hombres de la falacia de la propaganda que les había atraído a la causa particular de un pobre loco contra un mundo cuyo todo delito había consistido en negarle la gloria de un invento que finalmente resultó útil y acertado.

-¿Pero, para quién es útil el invento de los «platillos volantes» ahora? -exclamaba Will indignado-. Para un África sumida en el atraso, sin

carreteras, sin ferrocarriles, sin divisas para importar automóviles y locomotoras, aviones y tractores, el invento de los «platillos volantes» aplicado a otros campos de la economía sería de resultados fantásticos. Sin energía atómica, sin petróleo ni carbón, nosotros podríamos comunicar rápidamente las más apartadas aldeas con las grandes ciudades y transportar con economía lo que fuera menester por el aire. Los poblados salvajes, electrificados por el sistema de mando a distancia de ondas de energía, saldrían de su ancestral atraso para sumarse rápidamente al ritmo de la nación. Automóviles, trenes y tractores, grúas y barcazas se moverían eléctricamente a bajo costo de combustible y con un rendimiento mil veces mayor que el de todos los vehículos y máquinas accionados por vapor o petróleo. ¿Y qué estamos haciendo de ese estupendo invento? Lo estamos utilizando para sembrar la destrucción, el hambre, y como es lógico el odio, la enemistad y el rencor de nuestras víctimas contra nosotros. Yo sólo digo una cosa. Esto no puede continuar.

«Esto no puede continuar así», había dicho Will Jeffers.

Pulsando con delicadeza la opinión de los nuevos amigos que se iba ganando, Guy descubrió que eran muchos los que pensaban como Will y él mismo. ¿Pero cómo dar fin a la insensata campaña del «Nuevo Poder» contra las grandes potencias que de un momento a otro podían desencadenar una apocalíptica guerra de represalias contra los negros?

CAPÍTULO IX

El sábado, Will Jeffers acompañó a Guy en su visita al poblado para saludar al doctor Richey. El doctor se alegró mucho de ver a Will. Luego dijo a su hijo:

-Vamos a la cueva del profesor Winters. Visitaremos al profesor, que está enfermo, y de paso hablaremos. Tengo algo muy importante que decirte.

Para llegar a la casa troglodita de los Winters se ascendía por una escalera tallada en la roca hasta una altura desde la cual se dominaba todo el poblado con sus masas de apretado verdor. Era un lugar muy pintoresco y el profesor Winters se pasaba la mayor parte de su tiempo en una hamaca de playa contemplando el paisaje desde la boca de la cueva.

María Winters estrechó la mano de Will. Al mirar a Guy, los grandes ojos de la joven expresaban inquietud y ansiedad.

-Bueno, papá, di de qué se trata -dijo Guy deseando ganar tiempo para pasear con María antes que tocara la sirena.

-Voy a tratar de ser breve -dijo el doctor-. Durante esta semana he visitado a diario al «jefe», dos veces cada día. La infección que le aqueja no es cosa de importancia. Otra cosa en cambio es la enfermedad mental que padece. Ese hombre está completamente loco. Entre sus muchas manías padece la obsesión de que está siendo traicionado y quieren envenenarle.

-Pues si piensa eso no anda del todo descaminado -dijo Will Jeffers-. Yo sé de muchos que le apretarían el gaznate con gusto.

-No se trata de eso, pues, en realidad su guardia le es fiel y nadie del recinto donde vive se propone matarle. La obsesión de Marysvale es sólo un síntoma de su desequilibrio mental. Me encontraba en sus habitaciones el jueves cuando sufrió uno de sus frecuentes accesos de furor. Comenzó por amenazar a su criado negro con decapitarlo, y a medida que se enardecía iba ensanchando el círculo y el número de toda la gente que se proponía exterminar. Al fin, todo el mundo quedó comprendido en su sentencia de muerte. Dijo que tenía en su laboratorio bacterias suficientes para acabar con medio mundo y que iba a ordenar a sus pilotos bombardear con cápsulas repletas de bacterias toda Asia, Europa y América.

Guy cruzó una mirada de alarma con María Winters. El doctor prosiguió:

-Cuando conseguí convencerle para que tomara un calmante y se apaciguó, le dio por decir que me había tomado afecto y yo era la única persona en quien él podía confiar. Se sintió comunicativo y me contó su historia. Si es cierto sólo la mitad de lo que me contó, ese hombre ha sufrido mucho. Tuvo que pasar por humillaciones, miserias y calamidades

antes de ver realizado el invento que le obsesionaba, y lo realizó únicamente para vengarse en aquellos que primeramente le habían despreciado. Su odio, que en general abarca a toda la raza blanca, es particularmente feroz en lo que se refiere a los norteamericanos. Marysvale está seguro que los americanos hubieran podido perfeccionar su invento a muy poco costo, pero que se lo rechazaron razones de índole económica. En efecto, si el invento de Marysvale se hubiese llevado a la práctica, éste no habría servido quizá para derrotar a las potencias del Eje, aunque es indudable que habría provocado un caos gigantesco en la economía de los Estados Unidos hundiendo a la industria del automóvil, del petróleo y del carbón. Marysvale está persuadido de que los capitalistas norteamericanos echaron abajo su proyecto asustados ante la magnitud de su importancia. Y no sólo hicieron eso, sino que le persiguieron encarnizadamente para que ningún otro país aceptara su invento, hasta que finalmente le obligaron a refugiarse en África. Aquí, Marysvale encontró el apoyo de los cabecillas insurrectos negros que veían en el invento de Marysvale un medio revolucionario para hacer avanzar de un salto este atrasado continente hasta situarlo a la altura de los países más desarrollados. Ahora, Marysvale se propone utilizar sus platillos volantes para vengarse del mundo. Primero arruinando a los países que aborrece. Luego que los haya arruinado, dándoles el golpe de gracia desencadenando contra ellos una ofensiva bacteriológica en gran escala.

-¿Le crees capaz de hacer lo que dice? -preguntó Guy aterrado.

-De un loco como Marysvale se puede esperar todo.

Los hombres callaron. Luego fue Will Jeffers quien habló:

-Pues bueno, yo digo que si Marysvale llega a dar la orden a nuestros pilotos para que salgan a espolvorear los Estados Unidos con esas malditas bacterias, va a encontrarse con la sorpresa de que los muchachos se niegan a despegar.

-Yo diría que es mejor que Marysvale no nos sorprenda con esa inesperada orden -dijo Guy por su parte-. Porque si el jefe nos ordena salir... ¿quién será capaz de rebelarse, sabiendo que nuestras familias serán las primeras en sufrir las consecuencias de nuestra negativa? Y si salimos con la idea de desertar, el resultado será el mismo. Por eso opino que si algo ha de hacerse, tiene que ser antes que Marysvale cargue nuestras máquinas con esos tubos de bacterias y nos ordene despegar.

-Guy, tú eres el único que puede evitar esa catástrofe escapando con tu aparato para dar cuenta de lo que ocurre en los Estados Unidos -dijo el doctor Richey.

-¿Y que ese loco Marysvale te haga colgar por los pies para arrancarte la piel a tiras, sacarte los ojos y cometer contigo otras mil salvajadas antes de darte muerte y echarte a los cocodrilos? No, no esperes que haga eso.

La discusión continuó acaloradamente hasta que media hora después sonó la sirena llamando a los visitantes a retirarse. Guy regresó a la gruta malhumorado. No sólo se había disgustado con su padre, sino que tampoco había podido disfrutar de un minuto a solas con María Winters.

* * *

El día siguiente, domingo, Guy reanudó sus clases de adiestramiento. Durante tres días voló en compañía de Jim Robisons. El miércoles, Robisons dijo a su discípulo:

-Hoy volará usted solo, Richey.

Guy se había aplicado a las enseñanzas recibidas de Robisons y se sentía seguro de sí mismo cuando subió por primera vez solo al «platillo volante». Se elevó sobre el río seguido de Robisons que volaba en otro aparato, hizo varias maniobras con el visto bueno de su instructor y regresó a tierra.

-Muy bien, Richey -le felicitó Robisons al encontrarse de nuevo en la gruta-. Será usted un buen piloto de «platillo volante».

Guy prosiguió su entrenamiento al día siguiente. Cuando dando por concluido su vuelo pedía permiso para regresar, fue la voz de Will Jeffers la que le concedió la autorización por radio.

El sábado por la mañana, tres aviadores se encontraban evolucionando con sus aparatos sobre el río bajo la inspección de Jim Robisons que volaba en otra máquina, cuando sonó en los auriculares de Guy la voz de Will Jeffers. Guy, que se encontraba volando en su aparato en un extremo de la formación, contestó:

-Hola, Will. Soy Richey. ¿Qué ocurre?

La voz de Jeffers sonaba excitada por los auriculares.

-Acabo de recibir una llamada telefónica de tu padre, Guy. Primero me preguntó si estabas volando. Luego si podría darte inmediatamente un recado suyo. Le dije que sí a ambas cosas, y entonces va y me suelta esto: «Will, tengo en la mano una cápsula de cianuro. Me voy a envenenar. Dile a Guy que para cuando reciba este mensaje, yo habré muerto. Que Dios me perdone, pero es el único modo de dejar a Guy con las manos libres para obrar según le dicte su conciencia. Díselo a Guy, pero díselo enseguida. Él ya sabe lo que debe hacer...»

-¡Will! -exclamó Guy aterrado-. ¿Estás seguro que dijo eso?

A las últimas palabras de Guy se mezclaron las de Hugo Sloane protestando por el sistema de comunicación que enlazaba a todos los pilotos del grupo:

-¡Eh, Richey, que te sales de la formación!

Luego fue Will quien contestó:

-Eso dijo, palabra más, palabra menos. Y luego me dio las gracias y

colgó.

La voz airada de Jim Robisons se mezcló al barullo:

-¡Escuchen! ¿Qué charloteo se llevan ustedes? Están interfiriendo la comunicación de todo el grupo. ¡Que esto no es un mercado, vamos!

Guy había quedado anonadado por efectos de la brutal noticia. Su máquina, sin él notarlo, se había adelantado a las demás abandonando la formación.

-¡Atención, Richey, vuelva a la formación! -gritó Robisons por los auriculares.

«¡Se ha envenenado, y lo ha hecho para que yo pudiera desertar sin impedimento alguno!, se dijo Guy.

Robisons seguía chillando y sus gritos arrancaron a Richey de su estupor devolviéndole a la actual y dolorosa realidad. Echó una mirada a su alrededor a través del cristal azul de su cabina.

Los dos compañeros de formación, Sloane y otro muchacho experimentado llamado Grafton, habían quedado algo atrás a su derecha. Por debajo y a su izquierda alcanzó a ver la máquina de Robisons. Guy utilizó la radio para comunicar con Robisons:

-Hola, Jim. Aquí Richey. Quiero decirle algo muy importante.

-Hable, Richey. ¿Qué demonios le ocurre? -contestó Robisons.

-Voy a escapar, Jim. Me marcho.

-¿Qué?

-Usted me perdonará. Sabe que alguien tenía que hacerlo. Es preciso que yo llegue a los Estados Unidos para denunciar lo que aquí ocurre. En cualquier momento el «jefe» puede ordenar un ataque con bacterias contra la gente en cualquier parte del mundo. Si es posible tengo que evitarlo.

La voz de Robisons repuso furiosa:

-¿Se ha vuelto loco, Richey? ¡Vuelva a su puesto en la formación! ¡Usted no irá a ninguna parte!

Un súbito calor hizo que Guy empezara a sudar copiosamente. Empujó la palanca del timón y puso su máquina en picado contra el «platillo volante» de Robisons que volaba en un plano bajo. Su pulgar acarició el botón disparador de sus ametralladoras de 20 milímetros montadas en la proa del aparato.

-Por última vez, Robisons. Deje que me vaya.

-¡No! ¿Quiere que después me decapiten a mí por haber permitido que escapara?

-Venga usted conmigo, Jim. Seremos dos.

-¿Y abandonar aquí a mi mujer y mi hijito para que los maten a los dos? No puedo hacer eso. ¡No quiero, maldición!

-Entonces apártese si puede, Jim, porque le voy a derribar.

Guy oprimió el botón del disparador. Sus trazadoras dibujaron cuatro

sendas de muerte hasta el «platillo volante» de Jim Robisons. Se vieron perfectamente los proyectiles cuando hacían saltar las planchas de aluminio de la cubierta del motor de estribor.

Robisons era un hábil piloto de reflejos muy rápidos. Su máquina se apartó de un alto al mismo tiempo que se lanzaba en vertiginoso picado hacia tierra. Mientras no dejaba de aullar por la radio:

-¡Traidor! ¡No lo dejen escapar! ¡Grafton... Sloane... derríbenlo!

La hélice del motor de estribor de Robisons se había parado. Pronto Guy, que se había lanzado detrás, vio cómo se acortaba la distancia que le separaba de Jim.

Una segunda ráfaga de Guy hizo saltar entre fogonazos la cubierta de cristal de la cabina. Se vio a Robisons caer contra el cuadro de instrumentos. El «platillo volante» se decantó y empezó a caer a tierra a creciente velocidad. Guy esperó por si Jim saltaba en paracaídas, pero nadie saltó.

-Lo siento, Jim -murmuró entre dientes-. Créeme que no quise hacerlo.

La voz crispada de Sloane gritó en sus auriculares:

-¡Traidor! Pagarás cara esta fechoría.

-No quiero luchar con vosotros, muchachos. Dejadme ir en paz.

-Que te crees tú eso. ¿Quieres que después nos fusilen por haberte permitido escapar?

De nuevo Guy se encontraba en la angustiosa alternativa de tener que matar o dejarse derribar. Sus compañeros, como él mismo, pensaban que el juego del «Nuevo Poder» estaba durando demasiado y les conducía demasiado lejos por un terreno muy peligroso. Pero como Robisons, y hasta poco antes el propio Guy, estaban encadenados a la causa de aquel loco maniático por las represalias que pudieran caer sobre sus familias en rehén.

Un chorro de trazadoras pasó por la derecha de Guy, aproximándose peligrosamente a su cabeza.

Guy empujó la palanca y se lanzó en picado hacia tierra mientras llevaba a tope la palanca reguladora dando toda la potencia que eran capaces de desarrollar los motores.

Las trazadoras se quedaron atrás, aunque no por mucho tiempo.

Tanto Sloane como Grafton eran pilotos veteranos con más de cien horas de vuelo cada uno en «platillo volante» como mínimo. Dominaban el arte de volar en aquellas extrañas máquinas y conocían la forma de sacar el mejor partido de su capacidad de maniobra.

Sin embargo se decía que nadie sabía acerca de los «platillos volantes» todo lo que en ellos se podía aprender.

Guy también había aprendido mucho en las últimas semanas. Empujó la palanca a estribor, detuvo los motores de popa y logró que la máquina se

parara casi completamente en el aire.

La maniobra, inesperada en un novato, hizo que Sloane primero y luego Grafton pasaran como saetas por delante y arriba de la máquina de Richey. Hasta los auriculares de Guy, a través de la radio, llegó el ahogado grito de rabia de los pilotos burlados.

-¡Cuidado, Sloane, ahora le tenemos detrás!

Guy puso de nuevo en marcha sus motores lanzándose en persecución de las máquinas que le precedían.

Grafton viró bruscamente a la derecha y Sloane lo hizo con igual brusquedad a la izquierda. Guy siguió sin vacilar a Sloane, pues era al que consideraba más peligroso de los dos y el primero con el que debía acabar.

-¡Richey, maldito, apártate de mi cola! -rugió Sloane empleando en su furor un término muy usado en aviación.

-Trata de despegarte si puedes, Hugo.

-¿Te has vuelto loco, maldito? ¿Es que te has propuesto matarme?

-Salta en paracaídas ahora mismo, Hugo. Tienes dos segundos de tiempo para escapar.

Por toda respuesta Sloane efectuó un viraje brusco y se lanzó a escalar el cielo casi verticalmente. Guy se lanzó detrás.

Sloane interrumpió bruscamente su ascenso y se dejó caer de lado como un auténtico plato abandonado en el aire. Guy le siguió.

-Han pasado los dos segundos con mucho, Sloane. Te voy a derribar.

-No tienes agallas para derribarme a mí, novato.

Guy apretó el botón de nácar del extremo de su palanca. Un cuádruple chorro de trazadoras se prolongó por delante de su «discóbolo» alcanzando al «platillo volante» de Sloane en la panza donde estaban los dobles rotores de sustentación.

Casi la mitad de la máquina de Sloane se desbarató al saltar los rotores en pedazos.

El «platillo volante» se precipitó al suelo.

-¿Dónde estás, Grafton? -preguntó Guy mirando a un lado y otro.

-Detrás de ti, Richey -le respondieron por los audífonos.

Guy movió la palanca a un lado, apartando su máquina de la trayectoria de las trazadoras de Grafton, quien ladinamente se había situado detrás mientras él se libraba de Sloane.

La rápida vuelta en redondo en un círculo muy estrecho cogió de sorpresa a Grafton. Éste todavía estaba mirando a su alrededor buscando al fugitivo «discóbolo» cuando escuchó la voz furiosa de Richey:

-Estoy detrás de ti, Grafton.

Grafton movió la palanca para picar hacia tierra. Jamás salió de ese picado; la ráfaga de Guy le destrozó la cabina acribillándole por la espalda.

El último de los tres enemigos de Guy Richey fue a estrellarse en la

selva.

-Hola, Guy. Aquí Will.

-Hola, Will.

-Date prisa, muchacho. Una escuadrilla se dispone a salir en tu persecución. No pude impedir que un compañero fuera con el cuento y...

Hasta los oídos de Guy llegó el apagado ruido de un disparo.

-¡Will! -gritó Guy horrorizado.

Nadie respondió a su llamada. La muerte cobraba en Will Jeffers su quinta víctima en el espacio de apenas diez minutos. El propio Guy podía hacer la sexta y él no estaba dispuesto a consentirlo.

Echando una ojeada al compás giroscópico, enderezó el rumbo y empezó a elevarse hacia el azul cielo de África.

CAPÍTULO X

Guy despertó sobresaltado al sentir que alguien le zarandeaba rudamente por un hombro. Abrió los ojos y se incorporó de un salto.

Ante él estaba el coronel Edmeston del Servicio de Información de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos.

-¡Oh! -exclamó Guy restregándose los ojos-. Soñaba que todavía me encontraba a bordo del «platillo volante». ¿Llevo durmiendo mucho rato?

-Dos horas y media aproximadamente. Creo que desea volver allá con los paracaidistas, ¿no es cierto?

-Sí.

-Muy bien, pues. Los transportes están preparándose para despegar con las fuerzas paracaidistas. He llamado para que vengan a buscarle. Voy a darle una taza de café bien cargado.

-Sí, gracias.

Guy se acercó a la ventana y apartó los visillos. Allá en la zona de aparcamiento del enorme edificio del Pentágono alcanzó a ver su «platillo volante» rodeado de un cordón de soldados y un enorme gentío.

Sólo tres horas antes, Guy había volado sobre Washington DC en su «platillo volante» a baja altura escoltado por cazas a reacción de la Air Force. La conmoción producida por la presencia del «discóbolo» sobre los tejados de la capital federal había sido enorme. Hubo desmayos de señoras, colisiones de autos en los cruces y carreras hacia los refugios.

Cuando Guy llegó con su máquina sobre la zona de estacionamiento del edificio del Pentágono, se produjo una fuga general que le dejó ancho espacio para aterrizar. Las ventanas del colosal edificio se cuajaron de cabezas que miraban llenas de curiosidad.

En el Pentágono la arribada del «platillo volante» era conocida con anticipación por las llamadas de radio que Guy había estado lanzando desde que sobrevoló la costa de África. Pero incluso en la sede de las Fuerzas Armadas de Tierra, Mar y Aire de los Estados Unidos, muchos ignoraban la próxima llegada de la máquina y no faltaron los buenos sustos.

De entre todo el personal que Guy fue encontrando al entrar en el edificio rodeado de soldados con la bayoneta calada, el más tranquilo era el coronel Edmeston, quien al verle entrar en su despacho sonrió y dijo tendiéndole la mano:

-Hola, Richey. Sabía que usted volvería desde que nos despedimos hace un par de meses.

Ahora, el coronel sonreía de nuevo al tender su taza de café a Guy.

-¿Cree que llegaremos a tiempo de impedir que los «platillos volantes» despeguen cargados de bombas bacterianas? -preguntó Guy.

-Nos cabe la esperanza de que la locura de Marysvale no sea tan

completa que le ponga una venda ante los ojos. Él sabe que si una sola de esas bombas es arrojada sobre los Estados Unidos o cualquier otra nación, su pomposo «Refugio de los Dioses» no tardará ni una hora en saltar en añicos bajo una bomba atómica.

-Eso es lo que me preocupa, que Marysvale inicie el ataque y ustedes aniquilen el «Refugio de los Dioses» con todos los inocentes que hay dentro.

-¿Hay alguien allí de su especial afecto, Richey?

-Sí.

-¿La señorita Winters, tal vez?

Guy calló sintiendo que enrojecía. La puerta se abrió y un oficial asomó anunciando:

-El coche para conducir al teniente Richey al aeródromo espera abajo.

Edmeston tendió su mano a Richey.

-Que haya suerte, Richey. No se arriesgue mucho. Piense que los paracaidistas tomarán igualmente el «Refugio de los Dioses» si usted se queda tranquilamente sentado en el avión.

-No podría estar tranquilo de ninguna forma. Saltaré con los paracaidistas.

-Hasta la vista.

Guy abandonó el despacho detrás del oficial. Cinco minutos después se encontraba en el coche oficial corriendo por las amplias avenidas de la capital federal en dirección al aeródromo de las Fuerzas Aéreas.

Una hora más tarde veía desde el avión de transporte repleto de soldados cómo quedaban atrás las costas de Norteamérica.

* * *

Desde los Estados Unidos, la Fuerza Aérea de ataque voló a la costa del Brasil, donde los gigantescos transportes de tropas aterrizaron y se repostaron de combustible para el salto del Atlántico hasta el corazón del África negra.

Mientras, a través de la oscuridad de la noche una fuerza de portaviones navegaba a toda máquina en el Atlántico para encontrarse lo más cerca posible de las costas africanas al amanecer.

Los primeros en llegar sobre el objetivo, todavía con plena oscuridad, fueron sin embargo los grandes bombarderos atómicos «B-70» supersónicos del Mando Estratégico, seguidos de una fuerza de cazas a reacción que permanecieron dando vueltas sobre el objetivo, listos para derribar a cualquier «platillo volante» u otra máquina voladora cualquiera cuya presencia fuera denunciada por el «radar».

Pero ningún «platillo volante» despegó de su base secreta, por la simple razón de que los pilotos negros de los «discóbolos» se negaron a despegar.

En efecto, grandes acontecimientos se estaban produciendo en el «Refugio de los Dioses» mientras Guy Richey volaba con los paracaidistas hacia las cataratas de Kafue. Al clarear el día, encontrándose la fuerza aérea sobre las fronteras de Rhodesia del Norte con Angola, el capitán Mills llamó a Guy a la cabina de radio y le señaló un juego de auriculares. Guy se puso los auriculares, escuchando una voz angustiada que decía en inglés:

-Por favor, si están ustedes preparados para lanzar el ataque no se retrasen. El «Nuevo Poder» nos ordenó a los pilotos salir anoche para atacar las naciones blancas con bombas bacterianas. Los pilotos, casi todos norteamericanos, nos negamos a obedecer esa orden. El «Nuevo Poder» lanzó entonces sus soldados contra nosotros... Llevamos luchando toda la noche y nuestra situación empieza a ser desesperada. Les hemos detectado por «radar» y escuchamos el ruido de sus aviones. Por favor, ¿qué esperan para atacar? Nuestras familias están en el poblado... y no podemos llegar hasta allí a través del túnel ocupado por los soldados adictos al jefe. Tememos por lo que a esos inocentes les pueda ocurrir. ¡No tarden, por Dios!

Guy miró interrogante al oficial. Mills tomó los auriculares de Richey y dijo:

-No podemos contestarles.

-¿Por qué razón? ¿No comprenden que esos hombres están desesperados y necesitan de alientos para resistir hasta que nosotros lleguemos?

-No podemos descubrir nuestros planes, compréndalo. Marysvale no debe saber la hora ni el punto por dónde atacaremos. De todos modos nos falta apenas una hora para llegar sobre el objetivo. Esperemos que esos muchachos puedan resistir una hora más.

Fue la hora más larga de cuantas había vivido Richey.

Faltando media hora para alcanzar el objetivo, los soldados empezaron a abrocharse los cinturones, colgando de éstos ristras de bombas, poniéndose los cascos y asegurándose de que estaban correctamente colocados los tirantes de los paracaídas donde correspondía.

Richey, que había sido equipado con doble paracaídas como los soldados, se proveyó asimismo de un casco de acero, un cinturón repleto de peines de ametralladora y una metralleta que le entregó el propio capitán Mills.

En furiosa carrera contra el reloj, los grandes aviones de transporte llegaron sobre las cataratas de Kafue cuando la tierra estaba sumida en la semipenumbra que antecede a la salida del sol.

Los cazas de chorro de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos se descolgaron de las alturas del cielo para señalar el camino a los panzudos

aviones de transporte. La puerta del avión donde viajaba Guy se abrió de par en par mientras los soldados enganchaban sus anillas a la barra del techo y se ponían en fila para saltar.

-¡Sobre el objetivo!

Las luces rojas centelleantes se apagaron y se encendieron las verdes. Los soldados empezaron a saltar al vacío.

Guy, que no era un soldado paracaidista, había sido dejado en el último lugar de la fila. Por fortuna, la fila avanzó con rapidez reduciéndose el número de los que faltaban por saltar. Cuando le llegó el turno, Guy saltó con los pies por delante.

Sintió sucesivamente la explosión del paracaídas y el rudo tirón de los tirantes. A su alrededor, el espacio aparecía cuajado de paracaídas listados rojos y blancos. El sol irrumpió en este momento en el horizonte, y al iluminar los paracaídas el cuadro adquirió súbita y extraña belleza.

El suelo sobre el que fue a caer Guy era muy accidentado. Un soldado corrió a ayudarle a desembarazarse del paracaídas. Luego, Guy corrió cojeando detrás del soldado para reunirse con el capitán Mills.

Los paracaidistas, en número de unos dos mil, habían aterrizado en el valle y sobre el acantilado. Guy se encontraba entre estos últimos, como a kilómetro y medio del filo del precipicio que daba al río. Los aviones pasaban rugiendo por arriba. Se escuchaba lejos el tableteo de algunas ametralladoras.

-Vamos -dijo Mills a su compañía cuando estuvieron reunidos los soldados.

De todos los lugares, las tropas avanzaban sobre el accidentado terreno convergiendo hacia una gran depresión. Era el pozo natural en cuyo fondo se encontraba el escondido poblado del «Nuevo Poder».

Al llegar a los bordes del acantilado, vieron a un par de soldados que colgaban en el vacío, los paracaídas enganchados a los arbustos del filo del precipicio. Algunos soldados, en su descenso, habían acertado a caer por el pozo para ir a aterrizar sobre los techos de las chozas a más de 300 metros de profundidad.

Era de allí abajo de donde llegaba el tableteo de las ametralladoras.

Los soldados desenrollaron cuerdas y largas escaleras. Clavaban barras de hierro en los intersticios de las peñas para fijar a ellas las escalas y las cuerdas.

-¿Por qué no saltamos al pozo con los paracaídas? -sugirió Guy.

-¿Está usted loco? No puede hacerse semejante cosa. Los paracaídas no se abrirían.

-Vamos a probarlo -dijo Guy secamente.

Por el suelo, a su alrededor, estaban los paracaídas de los soldados que allí aterrizaron. Junto a cada paracaídas desplegado, rasgado y a medias

hinchado por la brisa, había otro paracaídas de pecho que los soldados llamaban «de emergencia» para el caso de que fallara el de espalda.

Guy tomó uno de estos paracaídas, se lo endosó y volvió a coger su metralleta acercándose al borde del precipicio.

-Francamente, Richey, no sé si debería impedirle que hiciera eso atándole de pies y manos -dijo el capitán Mills-. Se matará.

-Me parece que soy dueño de dar a mi vida el fin que crea conveniente. Al fin y al cabo, ni siquiera soy un soldado, me licencié de las Fuerzas Aéreas hace un par de meses.

Mills no dijo nada. Los soldados miraban llenos de curiosidad a Guy. Éste rodeó el precipicio buscando el lado donde la pared estaba cortada a pico. Iba a saltar cuando un soldado gritó:

-¡Si llega abajo sin novedad, avísenos e iremos a reunirnos con usted!

-Muy bien, allí les espero -contestó Guy. Y saltó.

El paracaídas se abrió con un tirón suave por encima de su cabeza. ¿Quién había dicho que no se abriría?

El descenso de Guy fue vertiginoso. Apenas unos segundos después caía sobre la techumbre de paja de una choza, atravesaba ésta y se encontraba rodeado de un par de mujeres aterradas que apretaban contra su seno un par de chiquillos que lloraban a gritos.

-No se asusten, no pasa nada -dijo Guy tranquilizador mientras se despojaba del paracaídas.

Saltó por la puerta y fue a caer en mitad de una de aquellas callejuelas angostas entre chozas que ya conocía. Junto a él vio un soldado muerto, acribillado a balazos.

Una ametralladora tableteó desde arriba. Las balas levantaron el barro entre los pies de Guy mientras éste corría a guarecerse tras una barraca. La ametralladora dejó de disparar y Guy escuchó en el interior de la barraca el llanto de un niño.

Miró a su alrededor orientándose. Allí estaba el muro de roca donde se abría la cueva de los Winters. La cueva sería un buen refugio mientras llegaban los paracaidistas, y al menos podría salir de dudas al momento viendo por sí mismo si María y su padre se encontraban bien.

De nuevo mientras corría tableteó la ametralladora. Se deslizó a gatas por detrás de un muro de piedra donde encontró a un soldado americano muerto. La ametralladora estaba arriba, en una de las ventanas de los aposentos particulares del «Nuevo Poder». Guy se deslizó a lo largo del muro y luego corrió hasta el acantilado zigzagueando mientras las balas caían a su alrededor.

Cuando alcanzó el muro de roca dejó de disparar la ametralladora.

En efecto, a menos que el tirador se asomara mucho, no podía alcanzarle por estar justamente debajo de él. Guy miró hacia arriba. Una

cabeza y unos hombros avanzaron a gran altura sobre el repecho de una ventana. Guy levantó su metralleta y disparó.

Como un gran murciélago negro, el tirador que estaba arriba cayó al vacío abriendo los brazos.

Se estrelló contra el piso de roca a pocos pasos de Guy con un ruido escalofriante.

Guy echó a correr por la escalera que llevaba hasta la cueva de los Winters. Hallándose a mitad de ésta crepitó de nuevo una ametralladora. Las balas pegaron rebotando en la roca sobre la cabeza de Guy. Éste subió a saltos los últimos escalones y se echó rodando dentro de la cueva.

Las balas arrancaron nubecillas de polvo en la roca de la entrada y aullaron alrededor de Guy mientras éste rodaba poniéndose fuera del alcance de ellas.

Cuando Guy dejó de rodar y se sentó en el suelo preguntándose si todavía estaba vivo, se escuchó una exclamación ronca a su lado:

-¡Richey!

Se volvió. María Winters estaba a su lado de rodillas sobre un jergón extendido en el suelo. Se miraron y luego se lanzaron una en brazos del otro.

-¡Guy! ¡Oh, Dios mío, cuánto he sufrido por ti desde que supe que habías escapado! -exclamó la chica sollozando.

Guy la besó apasionadamente en los labios. La apartó luego un poco para mirarla y se rió:

-Creí que ya no eras capaz de sentir amor ni preocupación por ningún hombre.

-No tomes en cuenta lo que dije. Ahora sé que estaba equivocada. ¡Guy, te quiero!

De nuevo Guy la estrechó contra su corazón. Las armas crepitaron fuera y las balas entraron en la cueva rebotando contra el techo. Guy la empujó hacia el rincón. Allí vio al profesor Winters que estaba sentado en otro jergón con la espalda contra la pared.

-¿Se encuentra bien, profesor?

-Hijo, ¿de dónde vienes? -exclamó el profesor atónito.

-Del cielo. Me lancé desde arriba en paracaídas.

Guy se alejó ahora de los Winters para arrastrarse por el suelo hasta la boca de la cueva. Una bala pegó en el techo y rebotó contra el suelo. El tirador se encontraba a unos 50 metros en la entrada de un túnel o una cueva a nivel más bajo que el de Guy.

Lanzando maldiciones, Guy sacó su metralleta y disparó obligando al tirador a esconderse.

Le dispararon con un rifle desde otra cueva del otro lado del pozo. La distancia era considerable, más de 200 metros. La bala pegó lejos de donde

se encontraba Guy, pero aquel fusil y la ametralladora representaban un peligro para los paracaidistas si éstos se lanzaban. ¿Se lanzarían?

Apenas terminaba de hacer esta pregunta cuando un gran paracaídas pasó ante los ojos de Guy y un soldado fue a aterrizar violentamente dando una voltereta.

El hombre de la ametralladora se puso a disparar contra el paracaidista. Guy le derribó de una descarga. Al menos aquel fanático ya no mataría más soldados.

Los americanos empezaron a llover sobre el poblado. Caían aquí y allá sobre los árboles, las chozas e incluso en la laguna en el centro de la aldea. Sonaban tiros por todas partes. Guy se arriesgó a salir arrastrándose para mirar hacia arriba.

Vio a los soldados bajando por las cuerdas y las escalas de seda hasta los balcones y las ventanas de los aposentos del «Nuevo Poder».

Desde estas ventanas, la fanática guardia personal de Marysvale disparaba con metralletas. También empezaron a arrojar bombas de mano al fondo del pozo, matando indistintamente soldados y mujeres y niños negros.

Pero los soldados yanquis que estaban arriba en los bordes del acantilado tenían a raya a estos fanáticos disparando contra ellos tantas veces como asomaban.

Los escaladores, finalmente, alcanzaron los balcones y ventanas del muro y entraron al asalto en las habitaciones de Marysvale y su maquiavélico Estado Mayor.

A poco cesaron los disparos en la aldea y también los que sonaban arriba en el refugio del «Nuevo Poder».

La lucha había terminado.

Alguien desde los balcones de Marysvale gritó triunfalmente:

-¡Hemos cogido vivo al «Gran Poder»!

El soldado equivocaba «Nuevo Poder» por «Gran Poder». Pero el error carecía de importancia. Todos sabían a quién quería referirse.

* * *

Aquella tarde, encontrándose en compañía de María Winters en la pista junto al río, Guy vio llegar al capitán Mills seguido de dos soldados americanos que llevaban entre ambos a un sujeto de tez cetrina, ojos negros muy brillantes y despeinada cabellera.

Mills se detuvo para hablar con Guy.

-¿De veras quiere quedarse? ¿No teme que alguno de sus hermanos de raza le pegue un tiro por lo que acaso consideren su traición?

-Si alguien me pega un tiro, entonces es que verdaderamente traicioné a mis hermanos y merezco que me maten. Pero yo no creo que nadie lo

interprete así. Aunque hayamos perdido los «platillos volantes» nos queda el maravilloso invento de Marysvale. Gracias a él, África recibirá un gran impulso en su desarrollo, resolviendo de una vez todos los problemas de su falta de comunicaciones. Helicópteros, camiones, trenes, barcos y tractores funcionarán por la electricidad mandada a distancia desde las emisoras de energía que antes sirvieron para mover los «platillos volantes». Tengo entera fe en el porvenir de África, y por eso me quedo aquí. África me necesita más que los Estados Unidos, aunque ni yo ni ninguno de los negros norteamericanos olvidaremos jamás a nuestra patria.

-También yo, y muchos como yo, tenemos depositada nuestra entera confianza en el porvenir de este continente -dijo Mills-. Los africanos tal vez no lleguen a saber jamás lo mucho que le deben, porque sin la intervención de usted, sabiendo que los «platillos volantes» procedían de África, aunque ignorando la situación de su base, el Alto Mando americano proyectaba atacar a su vez con armas bacteriológicas a este país en represalia. Por cierto, me parece que usted no conoce a Marysvale.

-No.

-Pues conózcalo. Éste es Marysvale, el «Nuevo Poder».

Guy Richey miró sorprendido al insignificante mestizo, sucio y atemorizado, que estaba entre los soldados.

-¿Este hombre es Marysvale?

El propio Marysvale escupió a los pies de Guy diciendo entre dientes:

-¡Perro!

Los soldados se lo llevaron. Mills estrechó la mano a Guy.

-Gracias, y buena suerte.

-Adiós.

La pareja enlazó sus manos viendo cómo Mills subía al avión detrás del cautivo Marysvale.

-La pesadilla terminó -dijo Guy cuando el avión ponía en marcha sus motores-. El porvenir es nuestro.

El avión rodó sobre la pista y despegó.

Contra el fondo enrojecido del horizonte se recortaban las siluetas de Guy Richey y María Winters enlazados por la cintura.

FIN

Misión: SABOTAJE

Un piloto de pruebas es hallado inconsciente. Su corazón apenas late..., no recuerda ni siquiera su propio nombre... Y, de pronto, descubre su personalidad: es un ser extraterrestre con órdenes de impedir a la raza humana la conquista del Espacio.

"PRISION COSMICA"

Es la novela en que

V. A. CARTER

relata la épica lucha que libra consigo mismo un enviado del Consejo Galáctico, pugnando entre dos deberes igualmente graves.

"PRISION COSMICA"

¡No olvide el título de esta novela!

La leerá de un tirón y la recordará siempre como una de las mejores de «science-fiction».

¡Encargue por anticipado su ejemplar!

¡Se agotará rápidamente!

Se publica en el próximo número de esta interesante colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: **6 pesetas**